

Ya no se admite Adobe Flash Player

LA GUERRA DEL PACÍFICO, PARTE V: LA GUERRA EN EL MAR (1979) ANTOFAGASTA ES REINCORPORADA. EPOPEYAS DE IQUIQUE-PUNTA GRUESA Y ANGAMOS PROVOCAN RETIRO ARGENTINO. LA MISIÓN DE BALMACEDA

-Ampliado y actualizado el 4 de marzo de 2006-

UNA VEZ INICIADO EL CONFLICTO EN 1879, ARGENTINA RESTAURÓ SUS INTENCIONES DE ACOPLARSE AL CUADRILLAZO ANTICHILENO PERÚ-BOLIVIANO, PARA RESOLVER DE ESTA MANERA LA CUESTIÓN PATAGÓNICA QUE SOSTENÍA ENTONCES CON CHILE. SIN EMBARGO, LAS HAZAÑAS NAVALES CHILENAS DE IQUIQUE-PUNTA GRUESA EL 21 DE MAYO Y DE ANGAMOS EL 8 DE OCTUBRE, QUE SIGNIFICARON LA DESTRUCCIÓN DE LA ESCUADRA PERUANA TRAS LA CAPTURA DEL "HUÁSCAR", LLEVARON A BUENOS AIRES A ABORTAR EL PROYECTO DE ADHESIÓN. EL FUTURO PRESIDENTE DE CHILE, JOSÉ MANUEL BALMACEDA, QUEDÓ TAN IMPRESIONADO CON LA VIOLENCIA ANTICHILENA ARGENTINA DURANTE SU MISIÓN PARA CONSEGUIR LA NEUTRALIDAD PLATENSE, QUE ABANDONÓ LAS ANTIGUAS IDEAS AMERICANISTAS Y ARGENTINÓFILAS QUE LO INSPIRABAN

****

Se proyecta la lucha en el mar. Combate Naval de Chipana 

El 14 de febrero de 1879, la escuadra chilena recuperó Antofagasta luego de que Bolivia violara el Tratado de 1874 exigiendo un impuesto ilegal a la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, medida que estaba expresamente prohibida en dicho acuerdo. Chile hizo lo inimaginable por impedir esta decisión, ofreciendo al Presidente Hilarión Daza nuevas negociaciones y hasta un arbitraje internacional, pero el Gobierno de Bolivia no echó pie atrás y, confiado en el cumplimiento de la Alianza Secreta que desde 1873 tenía suscrita con Perú y a la que se esperaba la entrada de Argentina, ordenó el embargo de la Compañía y la masiva expulsión de los miles de obreros chilenos que allá se encontraban.

Sin más que hacer, el Presidente Aníbal Pinto y el Canciller Alejandro Fierro declararon roto el Tratado de 1874, exigiendo la reivindicación de Antofagasta y la restauración de los derechos territoriales chilenos tal como se entraban antes de la cesión

territorial en favor de Bolivia iniciada con el Tratado de 1866, medida iniciada con la ocupación de la ciudad nortina, enteramente fundada y desarrollada por chilenos.

En reacción, Bolivia declaró la guerra a Chile el 1º de marzo, quedando en suspenso la actitud del Perú. El 28 de marzo, tres días después de la toma chilena de Calama, el representante chileno Joaquín Godoy recibía en Lima la última evasiva del Gobierno del Perú a su exigencia de neutralidad, conociéndose ya a esas alturas la existencia del Tratado de Alianza, según lo admitiera el Presidente Mariano Ignacio Prado. Había que dar por hecho, para entonces, que Lima iba a involucrarse en la guerra cumpliendo con la tendencia aliancista de la comunidad vecinal cada vez que se presentara un conflicto con Chile.

Por este motivo, se designó por decreto presidencial privado a don Rafael Sotomayor Baeza como Secretario del Almirantazgo y General en Jefe del Ejército, para que atendiese en terreno los pormenores de la guerra en representación directa del Gobierno, labor que inició de inmediato, saliendo de Valparaíso el 29 de marzo de 1879, al día siguiente de su designación. Le acompañaría en el viaje don Arturo Prat Chacón, quien, desde su designación como Ayudante de la Comandancia General tras su regreso en una delicada misión de espionaje en Argentina, sólo quería vestir el uniforme y partir al frente con sus compañeros de armas, deseo que fue complacido por Sotomayor al escogerlo como Secretario y Asesor Naval.

Estaba por comenzar, de esta manera, la lucha por el control del mar que daría el nombre referente al océano Pacífico a esta tremenda guerra.

Poco después de la ocupación de Calama, el Presidente Pinto había informado a su Gabinete de la incredulidad en que este poblado tuviese un verdadero valor estratégico trasladando la atención hacia el océano Pacífico donde, a su juicio, se desarrollaría el verdadero escenario de guerra:

> *"Por los datos que tenemos de la naturaleza del camino que tendría que atravesar el Ejército boliviano, considero de todo punto imposible la traslación por ese camino de un ejército reunido, por mucha que sea su fuerza. Tendría que hacer la travesía en destacamentos muy pequeños, que serían fácilmente apresados por nuestras tropas. Considero imposible la venida de un ejército del interior de Bolivia, habiendo en el litoral fuerzas nuestras que impedirían su organización en Calama o Chiu Chiu, pero conviniendo en la posibilidad, esto no podría suceder sin pasar algunos meses por la muy perentoria razón de que en el interior de Bolivia no hay ejército que pueda venir".*
>
> *"La guerra con el Perú será marítima, mientras nosotros no vayamos a buscarlos; por mar no podrían venir mientras no destruyan nuestra Escuadra y en el caso que lo consiguieran, lo primero que haremos será retirarnos de Antofagasta. Que de Iquique vengan por tierra es de todo punto imposible, porque si hay*

> *dificultades son infinitamente mayores en el camino de la costa".*
>
> *"Y si se deciden a realizar esa empresa, tendremos tiempo muy de sobra como para enviar las fuerzas necesarias para rechazarla".*

En tanto, Sotomayor y Prat llegaban a Antofagasta el 2 de abril. Allá les esperaba, en el magnífico buque insignia "Blanco Encalada", el Almirante Williams Rebolledo. Se recordará que ese mismo día, en Santiago se enviaba al Congreso la declaración de guerra contra Bolivia y Perú, por lo que era urgente planificar una forma de contener a la flota peruana. La declaración de guerra chilena a los aliados salió promulgada el día 5 de abril.

Sotomayor era partidario, al igual que el Gobierno, de atacar por sorpresa a la escuadra del Perú en el puerto del Callao y hundir allí mismo a los navíos de guerra peruanos, idea que había dejado sembrada el Ministro Belisario Prats.

Pero el anciano Almirante Williams Rebolledo se mostró reacio, dado que la mayoría de los buques chilenos se encontraban entonces en reparaciones y de que sólo se disponía del vapor "Matías Cousiño" para transporte de carbón. En vista de esto, le propuso a Sotomayor obligar a la marina peruana a combatir en mar abierto, para lo cual debía bloquearse el puerto de Iquique, medida errada que, a la postre, permitió que Tacna y Arica fueran fortalecidas y se acumularan allí las fuerzas aliadas, constituyéndose en el corazón militar de la Alianza.

El enviado del Gobierno no logró convencer a Williams Rebolledo de avanzar directamente hacia el Callao. La Escuadra chilena salió, así, el mismo 5 de abril rumbo a Iquique. Grande fue la sorpresa del Capitán del Puerto cuando se dirigió molesto hasta el "Blanco Encalada" exigiendo a los chilenos exigiendo el protocolo de saludo a la plaza peruana, siendo informado en el acto de que Chile acababa de declarar la guerra al Perú y que ésta era una acción de guerra contra el puerto. Le correspondió al propio Capitán Prat, ya en horas de la tarde, abordar un bote hasta el muelle y presentar al Prefecto de Iquique, Sr. Suárez, la notificación del bloqueo, respondida con una nota protesta. En un acto de enorme generosidad, Suárez ofreció a Prat escolta para que regresara a su nave sin ser agredido por la muchedumbre en el exterior, a lo que el chileno se negó agradecidamente.

A pesar del bloqueo, las actividades de Iquique no fueron detenidas y continuaron normalmente. Miles de chilenos residentes en Tarapacá corrieron a enrolarse.

Pero el bloqueo de Iquique no tuvo efectos prácticos. El día 12 de abril la cañonera chilena "Magallanes", al mando del Comandante Juan José Latorre, que sólo tenía cuatro cañones de pocas libras, patrullaba rumbo a Iquique a la altura de Punta Chipana, en la parte Norte de la desembocadura del Loa, ignorante de que estaba por iniciar las luchas en el mar durante la Guerra del Pacífico. Latorre había sido encargado de llevar un cable telegrafiado desde el Gobierno para la Escuadra chilena, tarea que se encontraba cumpliendo precisamente en esos momentos.,

Inesperadamente, por el mediodía, aparecieron en el horizonte la corbetas peruanas "Unión" y la cañonera "Pilcomayo", que habían pasado eludiendo sin ningún problema el ineficiente bloqueo de Iquique. El primero poseía unos 4 cañones de 70 libras; el segundo, 2 cañones de 70 libras, 4 de 40 y otros 4 de 12. La capacidad de tiro de los peruanos era seis veces superior a la de Chile. Ante esta amenaza y evidente inferioridad, Latorre ordenó poner proa hacia el Noroeste y alcanzar los 11,5 nudos, que eran el límite de velocidad del navío, al tiempo que se tocaba zafarrancho de combate. Nulas posibilidades tendría la cañonera chilena, técnicamente, si decidía encarar de frente a los buques del enemigo.

No pasó mucho cuando los primeros cañonazos peruanos comenzaron a reventar en agua alrededor de la "Magallanes". Un proyectil alcanzó a la cañonera, destruyendo uno de los botes y parte del casco, pero sin causar muertes. La "Pilcomayo" había salido tras la nave de Latorre, pero su limitación de velocidad se notó y comenzó a quedar en la distancia, dejando a la "Unión" en combate. Hábilmente, sin embargo, la "Magallanes" disparó una granada de 115 libras que golpeó seca a la "Unión", superando las distancias y provocando el peligro de naufragio, lo que obligó a sus oficiales a desembarcar en Chipana, pasadas las una de la tarde.

Con 42 cañonazos disparados durante todo el encuentro, los chilenos habían ganado el primer combate naval. Lamentablemente, Latorre había destruido el mensaje telegráfico ante la posibilidad de que la superioridad peruana hubiese significado la captura de la "Magallanes".

Al enterarse Williams Rebolledo del sorpresivo ataque peruano, montó en cólera y ordenó una serie de ataques de los blindados sobre estructuras portuarias de Caleta Buena y Pisagua, además de un pabellón en Pica y Huanillos, el día 12 de abril y un tren que salía desde Iquique. Al improvisar un intento de avance de desembarco en Pisagua, los botes chilenos fueron atacados a balazos, lo que desató mayores iras del anciano marino, que ordenó a los cañones del "Blanco Encalada" y la "Chacabuco" atacar los muelles y las lanchas el día 18 de abril. Esto provocó grandes molestias de parte del Gobierno y de la población, que se sumaron al reproche que ya debía soportar por el fracaso del primer bloqueo.

A todo esto, La Moneda debió soportar la renuncia del Gabinete Prats-Fierro, el 16 de abril, debido a discrepancias con Pinto sobre el manejo de la guerra y ante el peso de la opinión pública que ya había advertido los dislates de las autoridades en la conducción de los hechos, como la tardía reacción al aliancismo perú-boliviano y el fracaso del bloqueo de Iquique. Ahogados en cuestiones políticas, los enemigos de Prats en la Cámara lo había acusado de haber autorizado la ocupación de Antofagasta sin esperar la aprobación del Congreso, hecho detonante de su ruptura con Pinto y de su posterior renuncia. Es muy probable, sin embargo, que la figura de Prats se haya intentado bajar también por la proximidad de las elecciones presidenciales, en menos de un año.

Teniendo que partir de cero y con un criterio pluripartidista, el Ministro Antonio Varas organizó un nuevo Gabinete el 18 de abril. Él sería Ministro de Interior; Domingo Santa María, de Relaciones Exteriores; el General Basilio Urrutia, de Guerra y Marina; Jorge Huneeus, de Justicia y Culto; y Augusto Matte Pérez, de Hacienda.

Se prepara bloqueo del Callao. Escuadra peruana avanza a Iquique

Antes de terminado abril de 1879, era colocado en el mando del Ejército en General de División Justo Arteaga, quien llegó rápidamente a Antofagasta en medio de la tormenta desatada por las confrontaciones políticas y los magros resultados del bloqueo.

Atormentado por la ineficacia de sus acciones en Iquique, Williams Rebolledo planificó un nuevo bloqueo esta vez en el Callao, idea original del plan de Rafael Sotomayor, pero reconcebida ahora sin abandonar el bloqueo de Iquique, plan que mantuvo en cuidadoso secreto poniéndose en marcha de inmediato. Por varios días su virtual desaparición con el resto de la Escuadra tuvo a La Moneda con el alma en un hilo. Se sabía también que el marino tenía fervorosos deseos de atacar a la flota argentina que se había tomado, por entonces, la desembocadura del río Santa Cruz y hacía muecas de provocación contra Chile sabiendo de los problemas con Perú y Bolivia.

Los primeros enfrentamientos y bombardeos ya habían anticipado la gravedad que iba a tener este conflicto, por lo que comenzaron a aparecer las ofertas de mediación ese mismo mes. El día 15 de abril lo haría Colombia, y el 19 Su Majestad Británica pues, contrariamente a lo sostenido por el mito peruano y boliviano, Inglaterra tenía enormes intereses en que se restaurara la paz para proteger a los acreedores del salitre de Tarapacá y Atacama. Ambos países, sin embargo, ofrecían arbitrar sólo entre Chile y Bolivia, sin considerar al Perú a pesar de que ya se estaba formalmente en guerra con Lima, razón por la que sus propuestas fueron descartadas. El Presidente Prado se negó, además, a someterse a una decisión inglesa.

En tanto, el día 14 de abril, había zarpado rumbo a Valparaíso el Capitán Prat, asumiendo el mando de la vieja nave "Covadonga" para llevarla a Iquique. Tras un breve encuentro con su mujer y sus hijos, partió de vuelta el 2 de mayo rumbo al norte acompañado del navío "Abtao", tras despedirse de Carmela Carvajal en el mismo puerto. Sería la última vez que su familia lo vería con vida.

Cerca de ocho días demoró el viaje de Prat antes de llegar a Iquique, tiempo suficiente para que realizara varios ensayos de combate con la tripulación. Le ayudaría muy de cerca el Teniente Ignacio Serrano, un intrépido hombre de armas que también estaba por lucir su coraje durante la guerra y del que se recuerda un alegórico y jocoso hecho que no ha pasado inadvertido a los historiadores, cuando siendo bebé mordió el dedo del cura que iba a bautizarlo... El religioso era de nacionalidad peruana.

Llegaron el día 10 de mayo, reuniéndose de inmediato con Williams Rebolledo. El Almirante comunicó a Prat su en términos muy generales sus intenciones para con la flota peruana y para frustración del Capitán, dispuso que las naves menos poderosas de la escuadra se quedaran en Iquique. Como consecuencia de esto, Prat debía quedar al mando de la "Esmeralda", la vieja nave construida en Northfleet, Inglaterra, en 1854, que años antes había salvado él mismo de un naufragio y que sus tripulantes llamaban cariñosamente la *"Mancarrona"*. El Comandante Thompson, que estaba a cargo de la "Esmeralda", tomó el mando de la nave "Abtao", y Carlos Condell asumió la "Covadonga". Poco después llegaría al grupo, enviado por la Empresa de Telégrafos del Estado, el ingeniero Juan Agustín Cabrera, para restaurar líneas submarinas de cable telegráfico.

El día 15 de mayo, Williams Rebolledo llamó a todos los comandantes que partirían hacia el Callao (donde las naves peruanas permanecían ancladas, según se informó), zarpando en la madrugada siguiente y prometiéndoles revelar durante el viaje el objetivo de la misión. Prat y Condell se quedarían en Iquique. En la tarde del día siguiente, Williams Rebolledo se reunión con los dos, antes de marcharse. En un increíble y premonitorio episodio que ha quedado registrado en la historia, el Almirante advirtió a Prat del peligro que representaba especialmente el "Huáscar", ante lo cuál el Capitán declaró que, de tener que enfrentarlo, *"lo abordaría"*. Acto seguido, el anciano marino dejó en manos de Prat un sobre cerrado, con la petición de no abrirlo hasta el día 20, y partió tras el resto de la escuadra en el "Blanco Encalada".

Quedaban en Iquique las dos viejas corbetas: la "Esmeralda", con 20 cañones de 32 libras y sólo 8 nudos de velocidad máxima, y la "Covadonga", con sólo dos cañones de 70 libras y a penas 7 millas de andar; verdaderas antigüedades de madera. Como se recuerda, la primera había capturado a la segunda arrebatándosela a los hispanos en 1865, durante la guerra con España. Por un capricho del destino, estaban por protagonizar una nueva y última hazaña juntas.

El día 19, en otro sorprendente azar de las circunstancias, las escuadras chilenas de Williams Rebolledo y las del Perú lideradas por el "Huáscar", al mando de don Miguel Grau Seminario, se cruzaran a la altura del puerto de Pisco, a 30 millas, sin advertirse mutuamente por una espesa neblina que aquel día cubrió la mar. Nuevamente, los planes de la Escuadra quedaban destinados al fracaso.

Al llegar el Presidente Prado a Arica, al día siguiente, los peruanos se enteraron directamente por mandatario de la precaria Escuadra chilena que patrullaba en Iquique, por lo que ordenó al Almirante Migue Grau Seminario salir de inmediato al encuentro de las corbetas en el "Huáscar", acompañado de la "Independencia" al mando del Comandante Guillermo Moore. Conciente de que los chilenos no podían enfrentar a estos blindados, Prado creyó que la rendición enemiga en Iquique sería inevitable, permitiendo que los navíos continuaran rumbo al Sur para interceptar el convoy que transportaba tropas a Antofagasta y para derribar las bombas

extractoras de agua de la ciudad, privando a los chilenos del vital elemento.

Mientras tanto, y previniéndose de un eventual ataque, los capitanes en Iquique tuvieron la intención de instalar torpedos en torno a las corbetas, labor en la que colaboraron activamente el ingeniero Cabrera, el cirujano Guzmán y el Guardiamarina Arturo Fernández Vial.

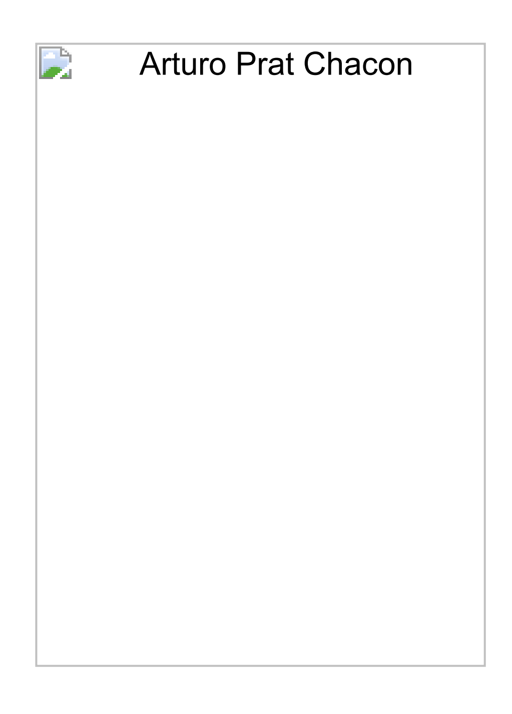
El día 20, Prat abría el sobre dejado por el Almirante Williams Rebolledo. Ante sus ojos se revelaba el audaz plan de ataque al Callao:

> *"Cuatro días después de mi salida despachará el vapor Lamar que deberá tocar en Pabellón de Pica y Huanillos, para cerciorarse si aún existen algunas lanchas en sus fondeaderos".*
>
> *"El Lamar sólo tocará en Antofagasta para desembarcar el carbón que le quede a bordo en aquella fecha".*
>
> *"Entregará al Capitán del Vapor Copiapó la adjunta comunicación tan pronto llegue a puerto".*

Prat se llenó de entusiasmo al leer estas líneas. *"Mañana, la Escuadra Chilena se cubrirá de Gloria"* mandó a comunicar a través de las señales de banderillas al resto de las fuerzas de guerra en los navíos... Aunque estaba profundamente equivocado, él mismo iba a dar cumplimiento a semejante pronóstico.

Un clima de alegría rodeó aquella noche del 20 al 21 de mayo de 1879, con los oficiales reunidos en la cámara de la "Esmeralda" en una sencilla cena acompañada por el talento instrumental del Guadiamarina Riquelme, que era un gran violinista.

Sería aquella la última noche de estos hombres antes de saltar al altar de los grandes héroes de la historia mundial de las marinas de guerra.


Arturo Prat Chacon

Capitán Arturo Prat Chacón, héroe chileno de Iquique

La epopeya de Prat y la "Esmeralda" en la rada iquiqueña 

Serían cerca de las 5 de mañana y los blindados peruanos estaban por asomar en el horizonte. Los últimos instantes de calma fueron aprovechados por el Almirante Grau para arengar a sus hombres con un mensaje guerrero:

> *"Ha llegado la hora de castigar a los enemigos de la patria, y espero que lo sabréis hacer, cosechando nuevos laureles y nuevas glorias, dignas de figurar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y Dos de Mayo... ¡Viva el Perú!"*

Acababa de amanecer ese 21 de mayo, cuando la "Covadonga" se disponía a partir hacia su habitual patrullaje. A las 6 de la mañana, su vigía avisa de la presencia de humos al Norte.

Condell avanzó un tanto hacia los navíos intentando reconocerlos. Al advertir que se trataba del "Huáscar" y la "Independencia", ordenó al Teniente Orella izar la señal de "enemigo a la vista" y disparar un cañonazo de aviso para la tripulación de la "Esmeralda". Alertado, Prat también reconoció a los blindados peruanos en la distancia, pero, conservando la calma y la fría serenidad, ordenó darle el desayuno a la tripulación y vestirlos impecablemente. En seguida, el joven corneta Gaspar Cabrales tocó el zafarrancho de combate, mientras cientos de peruanos corrían entusiasmadamente hasta las lomas y bordes que contorneaban la ciudad para presenciar el combate, lanzando ruidosos coros de apoyo y gloria al Perú. Los veedores internacionales también testimoniarían los acontecimientos.

La "Covadonga" comenzó a acercarse a la proximidad de la "Esmeralda" y se ordenó el retiro de la bahía de un pequeño transporte, el "Lamar", por carecer de capacidad de resistir o responder fuego. En ocasiones, autores peruanos alegan que la "Esmeralda" se quedó en combate sólo por el problema de las calderas, y que la "Covadonga" escapó de inmediato al ver los navíos peruanos. Como veremos, sin embargo, ambos buques enfrentaron juntos la primera parte del combate y la "Esmeralda" perfectamente podría haber avanzado hacia la costa y rendirse a las tropas peruanas allí conglomeradas.

Sabiendo del duro momento que se venía encima, Prat reunió a todos sus hombres en cubierta mientras Cabrales tocaba ahora el llamado de atención de corneta, "generala" según confirmaría después el profesor Antonio Bórquez Solar. En un testimonio que caló profundamente en los presentes, el Capitán, tras un largo silencio, emitió -gorra en mano- una breve pero potente arenga. El contenido de esta declaración pudo rescatarse y reconstruirse con la memoria de los sobrevivientes, pero, como lo haría notar Joaquín Edwards Bello, la versión que ha pasado a la historia de ella es una estilización resumida de la arenga original, cuyo texto más fiel, por la cercanía temporal y espacial con los hechos, es quizás el que reportó el Guardiamarina sobreviviente de la

"Esmeralda", Vicente Zégers, en carta a su padre escrita justo una semana después del combate. En ella, la famosa y emotiva llamada de Prat a sus hombres es descrita en las siguientes palabras, que materializan la esencia del alma guerrera chilena:

> *"Muchachos: la contienda es desigual, pero ánimo y valor. Hasta el presente, ningún buque chileno ha arriado jamás su bandera; espero, pues, que no sea ésta la ocasión de hacerlo. Por mi parte, yo os aseguro que mientras viva tal cosa no sucederá y después que yo falte, quedan mis oficiales, que sabrán cumplir con su deber... ¡Viva Chile!"*

La tripulación explotó en emoción y gritos de urra, tras los cuales corrieron a tomar posiciones. Prat y Condell se comunicaron de nave a nave y se despidieron prometiendo cumplir con el deber, tras lo cual Condell gritó su célebre *"All Rigth!"*, con su pintoresco estilo y lenguaje satírico muy acorde al del chileno popular, a pesar de su ascendencia aristocrática, de su aspecto refinado y de su origen en un matrimonio escocés-peruano de alto linaje.

Poco después, el primer disparo del "Huáscar" caía entre las dos corbetas chilenas. Se solicitó al ingeniero Cabrera iniciar una cuenta de los disparos que siguieran y sus efectos. Tal vez se trató de una amenaza más que de un deseo real de causar daño, pues los peruanos seguían confiados en que los chilenos se rendirían ante tan evidente desequilibrio de fuerzas, razón por la que un fuerte contingente se apiló a orillas de la playa listo para tomar detenidos a los chilenos. Para infortunio de la "Esmeralda", sin embargo, dos de sus calderas reventaron inoportunamente, imposibilitando a la nave de poder marchar a más de 2 nudos, según lo informó el ingeniero 1º Eduardo Hyatt. En contraste, los blindados avanzaban a 10 nudos hacia las corbetas.

Un nuevo disparo del "Huáscar" atravesó como a a la masa de un barquillo la estructura de la "Covadonga", de un costado a otro, llevándose la vida del cirujano Videla, del mozo Felipe Ojeda y el Grumete Blas Segundo Téllez. Sin embargo, rápidamente la "Independencia" tomó posiciones para continuar el ataque sobre la "Covadonga", mientras el "Huáscar" se concentraría en la "Esmeralda". Una larga hora habían permanecido en esa angustiante situación de bombardeo, cuando Condell consideró necesario romper la línea de fuego y dividir a las fuerzas enemigas, e intentó escabullirse saliendo del puerto, siendo de inmediato perseguido por la "Independencia". El deseo del Comandante Moore por atrapar a la corbeta no le permitió advertir que Condell se estaba deslizando peligrosamente cerca de la orilla de la costa, audaz medida que tendría un resultado fundamental en el desarrollo del combate, como veremos.

La "Esmeralda", casi estática, siguió contestando los cañones peruanos con sus viejas y poco dañinas armas, disparadas de a varias simultáneamente, aunque sin lograr alcanzar al monitor, ya que Grau permanecía distante, temeroso de que hubiesen minas explosivas, por el reventón del único torpedo que se había alcanzado a colocar, momento en el navío peruano detuvo su avance y prefirió apuntarle disparos circundantes. Esta estrategia debió abortar cuando algunos de los tiros fueron a dar contra el

poblado iquiqueño. Entonces, un grupo de peruanos en bote avanzó apresuradamente desde la costa intentando dar aviso al "Huáscar" de la inexistencia de las trampas.

Cerca de las 10 de la mañana, baterías de tierra del General Buendía comenzaron a agravar la agonía de la "Esmeralda". Estos disparos llegaron a tener más precisión que los del "Huáscar" y dieron de lleno en la corbeta, destrozando a varios de sus tripulantes. Fueron resistidas y respondidas con vigor por el oficial instructor de la artillería de estribor, Teniente Francisco Sánchez Alvaradejo.

El teniente Luis Uribe, primo político y compañero de Prat en la Escuela Naval desde 1858, advirtió al Capitán de la urgencia de alejarse de la costa para eludir las baterías y éste ordenó marchar hacia el Norte y mar adentro, a la escasa velocidad que el estado de la nave en llamas lo permitía. Lamentablemente, este movimiento confirmó a los peruanos la definitiva inexistencia de los torpedos fijos y decidieron arremeter directamente, usando incluso el espolón.

En otro increíble acto de humanidad de parte de Prat en aquellos instantes, ordenó proteger con la propia estructura de la nave a una mujer y sus cinco hijos que escapaban desesperadamente en un bote hacia la orilla, en medio del escenario del combate. Era la familia del piloto Stanley, peruano simpatizante de los chilenos, que había sido forzado a marcharse en el "Lamar" ante la posibilidad de que sus paisanos lo castigaran por apoyar al enemigo.

La capacidad de resistencia de los chilenos había superado ya todo lo imaginable. Una tercera caldera había estallado en la "Esmeralda", dejando a la corbeta sin movimiento. Grau no podía creer que, después de tantas horas de combate, la nave siguiera a flote y con sus hombres prestos a continuar la lucha, por lo que decidió dar un golpe definitivo y ordenó la embestida del "Huáscar" contra la quejumbrosa nave, apuntándola con su temible espolón de proa.

Haber observado desde la "Esmeralda" al poderoso "Huáscar" avanzando a toda máquina hacia la corbeta debió haber sido un espectáculo sobrecogedor, por no decir aterrador. Prat, advirtiendo que la embestida podría ser el final, se dirigió al joven Guardiamarina Zégers, suplicándole que, de sobrevivir, informara a su mujer y sus hijos de que cayó pensando en ellos.

A las 11:30 horas, el "Huáscar" propinó el primer espolonazo al costado de babor de la "Esmeralda", disparando simultáneamente un cañonazo que se llevó la vida de más de medio centenar de hombres en cubierta. Al ver este dantesco espectáculo, Prat saltó con su sable y arma de fuego en mano, en medio del ruido ensordecedor, gritó a sus hombres su famoso *"¡Al abordaje muchachos!"*, y se arrojó con una valentía y agilidad asombrosa a la cubierta del navío peruano, seguido del adolescente corneta Cabrales y del Sargento de Ejército Juan de Dios Aldea. El oficial Arsenio Canave saltó al final del grupo, pero cayó al empezar el retiro del monitor y un cable que colgaba del "Huáscar" evitó que terminara en el agua. Una ráfaga de metralla dio muerte al

muchacho Cabrales precisamente cuando el "Huáscar", con vertiginosa rapidez, realizaba esta retirada velozmente, tomando distancia con la intención de propinar otro espolonazo.

Prat y Aldea corrieron por la cubierta, mientras la mayor parte de los peruanos se apilaban hacia popa evitando los cañones chilenos. Prat avanzó hacia el mástil, aparentemente con la intención de bajar una bandera enemiga firmemente atada, sin conseguirlo. Luego, avanzó con el Sargento Aldea hacia la torre para intentar alcanzar su área de mando. Según testigos del diario peruano "El Comercio", Prat habría alcanzado a dar muerte al teniente peruano S. Velarde. Todo esto era observado por los atónitos oficiales chilenos al borde de cubierta en la "Esmeralda" y las muchedumbres en el puerto.

Prat corrió por estribor unos pasos más hacia la torre, cuando una gran cantidad de balas le cayeron sobre el cuerpo disparadas desde las troneras, las que casi tumban también a Aldea, hiriéndole gravemente (y desatando una horrible y larga agonía). Canave trepó hacia cubierta por el cable, siendo alcanzado por las balas al igual que sus superiores.

En tiempos posteriores, autores peruanos interesados en emporcar este episodio, han intentado proponer que el Capitán murió por una ráfaga disparada desde la propia "Esmeralda", versión absolutamente ilógica que no coincide con la de los testigos presenciales del combate y sus cronistas, como el periodista peruano Modesto Molina, mismo autor de la señalada nota de "El Comercio" publicado en Iquique al día siguiente. De hecho, esta primera ráfaga no fue la causa directa de la muerte de Prat, quien cayó de con una rodilla en el suelo y con su sable en alto en una curiosa e inmortal posición que reflejó su deseo de seguir luchando a pesar de estar herido de muerte. Entonces, fue que apareció uno de los marinos peruanos y, como Molina relató con crudeza y admiración por el guerrero chileno, *"acertó a Prat un tiro de Comblain en la frente, destapándole completamente el cráneo, cuyos sesos quedaron completamente desparramados sobre cubierta".* Otras versiones -también procedentes del Perú- indicaban que el golpe mortal contra Prat fue un formidable hachazo de canto, que habría sido confundido con un tiro por las devastadoras características de la herida que provocó.

El cuerpo de Prat se desplomó sobre la cubierta, dando su segundo salto en combate: el salto a la inmortalidad. Todos los hombres de la "Esmeralda" enmudecieron al ver el extraordinario acontecimiento, seguido de un nuevo retiro del "Huáscar", ordenado por Grau al creer que la muerte de Prat era lo que necesitaban los chilenos para arriar bandera y presentar, finalmente, la rendición... Pero nuevamente se equivocó. Ignacio Serrano rompió con furia el silencio gritando *"¡Imitemos al Comandante!"* mientras alzaba su sable. Luis Uribe tomó de inmediato el mando y, ante la euforia que invadió a los chilenos, ordenó a uno de los marinos subir al palo de mesana y clavar firmemente la bandera, impidiendo toda posibilidad de arreo de rendición. A continuación, cargaron cañones y el nuevo corneta, Crispín Reyes, reinició el toque de zafarrancho.

Grau no podía dar crédito a la terquedad de los chilenos. Siendo un hombre de honor y armas, optó por intentar una embestida final que no extendiese innecesariamente el sufrimiento y el derramamiento de sangre que hasta ese momento se había provocado. El espolón volvió a enfilar y la "Esmeralda" trató de evitar el golpe poniéndose de posición oblicua a la proa del "Huáscar", ocasión que fue aprovechada por Serrano y otros 12 hombres para un segundo salto sobre el monitor peruano, en el mismo momento en que éste volvía a disparar una formidable seguidilla de cañonazos encima de la corbeta, dando muerte a un tercio de los sobrevivientes. Caerían allí los ingenieros y fogoneros que se asomaban por la cubierta, y luego todos los situados en la enfermería, camillas de heridos y la cámara de oficiales. Milagrosamente, los pesados proyectiles rozaron al Cirujano Guzmán y al asistente Segura sin matarles, pero la nave comenzó a hundirse de punta con gran velocidad, amenazando a todos los sobrevivientes.

Pero nada detenía a los chilenos. Nada. Serrano corrió con sus hombres sobre el "Huáscar", siendo atacados por cerca de cuarenta marinos peruanos. Le acompañaban los marinos Benjamín Reyes, Agustín Oyarzún, Santiago Romero, Luis Ugarte y Agustín Coloma; el fogonero Francisco Ugarte; el Capitán de Altos José María Rodríguez; los timoneles Elías Aránguez y y Eduardo Cornelio; el soldado José Domingo Díaz; y los grumetes Santiago Salinas y Luciano Bolados. Bastaron unos instantes para reducirlos a todos, arrancándoles la vida a la mayor parte de ellos. Serrano también cayó herido y fue llevado a una habitación cerca de popa, donde, agónico, intentó quemar el camarote con una lámpara fija que aún es posible observar en el monitor, falleciendo unas horas después.

El "Huáscar" volvió a embestir, arrojando un cañonazo que arrasó a los timoneles y los grumetes, entre ellos el corneta Reyes, que fue decapitado por el paso del grueso proyectil, siendo rápidamente sustituido por el grumete Pataleón Cortés, quien siguió con el toque de combate usando la corneta con su bronce ensangrentado. Hyatt también cayó, alcanzado por la ráfaga de metralleta. Todos ellos, sin excepción, murieron en sus respectivos puestos.

El monitor se arrojó con un tercer y último espolonazo sobre la moribunda "Esmeralda", lanzando en todas direcciones los cuerpos de vivos, muertos y heridos por igual. Casi hundida, los pocos sobrevivientes avanzaron hacia la pequeña porción de la popa que se asomaba sobre el mar y levantaron sus sables como si celebraran una victoria. Los músicos sobrevivientes de la banda alcanzaron a tratar de tocar unas pocas líneas de la Canción Nacional en medio del griterío guerrero, causando escalofríos en todos los que observaban desde la costa y desde el "Huáscar".

En el último instante, asumió el mando del buque el Teniente Sánchez Alvaradejo, quien ordenó que la "Esmeralda" disparara cañones hasta su último momento fuera del agua. Y, así como hemos abordado las omisiones hechas por autores peruanos y bolivianos sobre los hechos de la guerra, también es justo y necesario tener el valor de reconocer el lamentable -y a veces vergonzoso- olvido que la mayoría de los historiadores nacionales

sobre este héroe de origen chilote, cuyo valor histórico fue recuperado un siglo más tarde por iniciativa de don Juan Caimapo Alvarado quien, siendo Director de la Corporación Chiloé, consiguió en 1985 que los restos de Sánchez Alvaradejo, muerto unos años después del combate de la rada, fueran trasladados desde el Cementerio General hasta la Cripta de los Héroes de Iquique en la Plaza Sotomayor con los honores correspondientes. Aparentemente, el héroe fue partidario del Presidente Balmaceda durante la revolución de 1891, por lo que su memoria fue "castigada" con esta lamentable amnesia.

Un remolino se abrió en el mar en torno a la nave, tragándose cadáveres, restos de madera y palos de mástiles. Herido y aturdido, el Guardiamarina Ernesto Riquelme se puso de pie y, tambaleante, avanzó hacia el cañón de la cofa, ya casi a nivel del agua, y disparó el último cañonazo de la corbeta cumpliendo con la orden de Sánchez Alvaradejo...Y así se hundió para siempre, a las 12:10 de la tarde, tras 5 largas y extenuantes horas de combate. El silencio de espanto se apoderó por largo rato entre todos los testigos, incluyendo los iquiqueños que habían llegado con tanto fervor a apoyar a sus fuerzas.

> *"Lo último que desaparece en las aguas es el pabellón chileno* -escribió el periodista peruano del diario "La Patria", Benito Nieto-*. No se oye el más leve grito, ni clamor alguno. Todo permanece mudo, tétrico, pavoroso. Nos tiene anonadados el horror de la tremenda escena"*.

Como la "Esmeralda" habíase sumergido con bandera izada y sin rendición, el personal del "Huáscar" continuó disparando contra los sobrevivientes en el agua, hasta que Grau, inspirado por su nobleza e hidalguía, renunció a esta facultad de guerra ordenando el cese del fuego y el rescate de los heridos. Sin embargo, las mismas balas chilenas habían dañado gran parte de los botes del monitor, por lo que la solidaria tarea de sacar a los sobrevivientes se extendió demasiado, pereciendo ahogados y agotados varios de ellos. Sólo la cuarta parte de los chilenos sobrevivía, entre los cuales se encontraba Uribe.

Condell consigue lo imposible en Punta Gruesa 

Mientras esta parte de la epopeya tenía lugar, la otra era protagonizada por Condell y los hombres de la "Covadonga".

En su angustiante trayecto hacia el Sur por el borde costero, esquivando los potentes cañonazos de la "Independencia", había tenido que librarse contra varios botes peruanos que intentaron detenerla con tiros de fusil. La sagacidad de Condell le llevó a colocar a sus mejores tiradores en la cofa, los que descargaban una ráfaga de disparos contra cualquier artillero peruano que intentara acercarse siquiera al peligroso cañón de proa de la nave. Entre ellos, se destacó el joven grumete Juan Bravo, un valiente chiquillo de catorce años que desde el mesana hizo gala a su reconocida fama de poner la bala en donde ponía el ojo, como bien lo sabía Condell. Su talento le valió reconocimientos

posteriores y una gratitud de parte del capitán que nunca empalideció.

Un grupo de casi 30 lanchas peruanas trató de interceptarlos y abordarlos repetidas veces en este trayecto, siendo resistidas con ráfagas de ametralladoras. Convencido de que se rendirían, en Coronel Antonio Benavides, Jefe de Estado Mayor peruano, ordenó al batallón de Cazadores del Cuzco Nº 5 esperar a la "Covadonga" en el la playa de El Molle, para capturar a los chilenos cuando desembarcaran.

Luego de más de tres horas de persecución y maniobras de gran riesgo, Moore estaba molesto por la eficacia del fusilero chileno y la incapacidad de poder propinarle otro cañonazo a la "Covadonga" luego de tantos tiros perdidos. Una secuencia de granadas arrojadas por Orella y Lynch dieron contra su nave y terminaron colmando su paciencia.

En una medida más emocional que racional, cuando entraron a la zona conocida como Punta Gruesa -poco más al Sur de la rada de Iquique- el comandante peruano decidió arrojarse de lleno contra el navío chileno para propinarle un espolonazo que sellara su suerte, y enfiló hacia la "Covadonga" intentando embestirla en un par de ocasiones. Aunque en su versión sobre los hechos Moore aseguró tener conciencia de la baja profundidad de la zona de combate, da la impresión de que no había advertido, en su entusiasmo, que la humeante nave chilena estaba acercándose temerariamente a la orilla de los bajíos de la costa.

Condell, comprendió que era el momento de jugarse el todo por el todo. En una peligrosísima maniobra, ordenó acercarse más aún a los bajos de la orilla costera y vio con satisfacción que el "Independencia" le seguía. Un crujido sonó desde la quilla al raspar contra el bajo fondo y a centímetros de las peligrosas rocas, erizando los pelos de todos los tripulantes, pero logrando pasarla a penas.

Entonces, todos se voltearon expectantes para ver qué sucedería con la "Independencia", mucho más pesada y de mayor calaje, que los perseguía con la sutileza de un toro furioso.

> *"Este tercer espolonazo podía ser decisivo* -diría después Condell-*. Desde unos 250 metros el enemigo nos embistió a toda máquina. En aquel momento teníamos a proa el bajo de Punta Gruesa. No trepidé en aventurarme pasando por él y casi tocando las rocas. La independencia no tuvo tanta suerte: al llegar al bajo se varó, dejando su proa levantada".*

Un ruido metálico seco anunció que el navío peruano había varado mientras toda su tripulación caía al suelo por el golpe de inercia, y los chilenos estallaron en alegría.

Acto seguido, la "Covadonga" viró en "U" y se colocó paralela a la "Independencia" que llenábase de agua, descargándole dos balas de 70 libras, que se metieron de lleno en el casco peruano cerrando su destino. Desesperado, Moore ordenó responder con fuego al navío chileno, enfilando sus cañones casi sumergidos y descargando tres tiros, ante los cuales, con su característica

expresividad, Condell gritó a sus hombres *"¡Guarden con el chancacazo!"*. Pero el ángulo en que había quedado varado el "Independencia" impidió acertar alguno de los tiros. Condell respondió con otros cuatro tiros. *"¡Fuego! ¡Por la Esmeralda!"*, clamó a los artilleros.

Peruanos y bolivianos se han empeñado en torcer tendenciosamente estos hechos, encontrando eco en algunos infaltables entreguistas chilenos, por alguna curiosidad, invariablemente izquierdistas o incluso militantes de sectas de fanáticos religiosos declaradamente opositores a los conceptos de Patria y heroísmo militar. El italiano Tomás Cavaino, por ejemplo, desconociendo la ley de guerra y escribiendo una obra contratado por el Estado del Perú (en una versión que mucho ha gustado a algunos otros autores muy ignorantes de estos códigos, incluso en Chile) condena a los chilenos por haber cañoneado a la "Independencia" al estar encallada y lo contrasta con la ayuda de Grau a los sobrevivientes de Iquique:

> *"Mientras el generoso comandante del Huáscar* -escribe- *se esforzaba notablemente por salvar los náufragos de la Esmeralda; cuán distinta era la suerte que corrían los de la Independencia"*.

Estos relatos pasan luego a cuestionar la rendición del buque peruano y proponerla imposible de manifestar, pues, encerrado en el círculo de su negativa a reconocer que la bandera en alto es la indicación de una nave en combate, Cavaino y sus imitadores se ven en la necesidad de esconder el hecho de que, tras los cañoneos de la "Covadonga", Moore ordenó arriar la bandera de la "Independencia" e izar la de parlamento, cuando ya gran cantidad de los tripulantes habían abandonado la nave escapando hacia la orilla. El único bote con que contaba la "Covagonda" había caído por un cañonazo, por lo que fue imposible parlamentar con el rendido comandante. Buscando desconocer la intención de este hecho, otros autores peruanos prefieren asegurar que la bandera simplemente cayó sola por acción de un proyectil disparado desde la "Covadonga", como trató de asegurarlo posteriormente Moore, omitiendo por supuesto que fue precisamente esta acción la que le costara al comandante de la "Independencia" un juicio militar y su descenso a comandante de tierra, lo que explica su posterior presencia y muerte durante la toma del Morro de Arica.

Al advertir que hacían agua y que el "Huáscar" podía llegar en cualquier momento, Condell ordenó marchar hacia Tocopilla a toda prisa, a los míseros 4 nudos que daba la nave en el estado que quedó luego de tantas horas de lucha. Su notable hazaña no tiene parangón en la historia de la marina, viéndose opacada únicamente por encontrarse junto a la cegadora luz de heroísmo que dejó Prat y la "Esmeralda" aquella misma jornada.

Terminaba así la epopeya de Iquique y Punta Gruesa. La lección de valor y destreza marina dada por los chilenos fue noticia en todo el mundo e inmortalizó aquel 21 de mayo de 1879, en una fecha que se cristalizó en el alma nacional chilena.

Estupor y consecuencias internacionales del 21 de mayo 

Hemos dicho que este repaso por los hitos de la Guerra del Pacífico lo haremos abordando el contexto diplomático y sus consecuencias en el entorno político o de las relaciones chilenas. Tal enfoque nos entrega una excelente posibilidad para demostrar que lo sucedido en Iquique estuvo lejos de ser solamente un asunto simbólico, alegórico o sarcásticamente presentado al estilo de mero "triunfo moral", como muchas veces se ha creído por el acento que los historiadores ponen en el valor espiritual de este combate, dándole excusas a entreguistas e ignorantes para denostar o ridiculizar el sacrificio de Prat y de sus hombres, intentando arrastrarlo más bien hacia el sentido de la derrota o presentarlo como "innecesario". Pero, como estamos por ver, el efecto que provocó esta saga chilena fue devastador para la integridad de los aliados y consiguió frenar abruptamente la entrada Argentina al cuadrillazo, salvando a Chile de recibir una peligrosa estocada a espaldas descubiertas, que nos hubiese puesto en un riesgo de proporciones impredecibles.

Lo ocurrido en Iquique fue un golpe al alma del enemigo. No sólo perdían uno de sus más valiosos buques de guerra -de aquellos que le hubiesen garantizado el triunfo- en manos de una humilde y añosa corbeta de madera, a costa de haber hundido otra igual de vieja y gastada. Además, caía ruidosamente el mito que por todos aquellos años de belicosidad se había ido enquistando en el sentimiento antichileno del Perú y de la Argentina, respecto de una supuesta impericia e incapacidad del material humano de la escuadra de Chile.

Prat, como ex agente militar en Argentina, conocía la existencia de estos mitos. ¿Se habrá propuesto, entonces, derribarlos de un sólo golpe con su majestuosa entrega aquel 21 de mayo? Nadie ha escrito con certeza qué impresión tuvo el máximo héroe nacional al ver encima la temible dupla "Huáscar" e "Independencia" aquella mañana, especialmente después de suponer que el avance de la Escuadra chilena en al Callao iba a poner fin con la presencia de las naves peruanas en las aguas del Pacífico. ¿Habrá pensado, acaso, en el infortunio de la Escuadra al ver a las dos naves más poderosas del Perú llegando a Iquique?. Nadie lo sabe con precisión, pero no cabe duda de que la actitud que asumiera Prat y luego el triunfo de Condell, afianzaron radicalmente la suerte chilena en la guerra del mar.

Francisco A. Encina llegó más lejos, al escribir:

> *"La guerra del Pacífico se definió el 21 de mayo en la rada de Iquique; lo que siguió fue una carnicería inútil"*.

Las simplistas campañas de odio habían formado en la mentalidad del enemigo una absurda e irreal imagen del chileno como un militar cobarde, temeroso y pusilánime, al que no costaría doblegar. Prat lo sabía al menos desde el 25 de noviembre del año anterior, cuando informó secretamente a La Moneda que *"cada palabra de conciliación que de Chile trae el telégrafo, es apreciada como un síntoma de debilidad y temor, en vista de los aprestos que se hacen en las orillas del Plata".* En parte, la diplomacia

chilena en extremo débil y confusa había sido una suerte de "confirmación" para este mito. Por esto, la epopeya de Iquique y Punta Gruesa derribó los cimientos fundacionales del exitismo de los vecinos en su aventura aliancista, arrancándole la venda del optimismo delirante, especialmente en la Argentina.

Según lo llegaría a señalar incluso Adolf Hitler, en su famoso "Mein Kampf", medio siglo después, similares campañas de odio y desprecio al enemigo fueron realizadas por los germanos en contra de los ingleses durante la Primera Guerra Mundial, presentándolos como un enemigo falto de valor y fácilmente sometible, lo que llevó a muchos soldados alemanes a actuar erradamente y mal influidos por esta falsa imagen en los campos de batalla, donde se les presentó una realidad distinta a la que se fomentaba en los medios, acrecentando el temor y la frustración.

Bien lo dijo el historiador Enrique Bunster al escribir:

> *"Un hado infalible favorece a este pueblo cuando se juega su destino con resolución viril, aún en empresas fantásticas y locas..."*

Así sucedió ese 21 de mayo, gracias al valor de Prat, la audacia de Condell y la sangre fría de sus hombres.

Después de los sucesos en Iquique, los cuerpos de Prat y Serrano fueron llevados hasta la Aduana. Los ciudadanos españoles Eduardo Llanos, Ciriaco Salas y Beningo Posadas los sepultaron generosamente en el cementerio local en ataúdes sencillos, al día siguiente. Llanos envolvió los cuerpos con marcas especiales en la mortaja para que pudiesen ser reconocidos posteriormente.

En un acto de impresionante altura, el Almirante Grau dirigió una famosa y emotiva carta a la viuda de Prat, doña Carmela Carvajal, anunciándole la muerte del Capitán en términos tales que ha quedado pasado directamente a la historia. Doña Carmela respondería, más tarde, con una misiva igualmente emotiva. La prensa peruana, por su parte, no pudo contener su deseo de exaltar el valor y el coraje chileno que habían presenciado, haciendo pausa a los titulares cargados del sentimiento confrontacional, lógicamente esperables en un estado de guerra. Los chilenos había actuado con patriotismo ejemplar, habían inutilizado uno de los monstruos más temidos de la escuadra y habían detenido el avance de las fuerzas peruanas hacia Antofagasta, poniendo a salvo a los transportes.

En Chile, en cambio, la primera noticia que alcanzó a circular se refería sólo a la victoria del "Huáscar" sobre la "Esmeralda" sin entrar en los detalles del combate, lo que causó gran consternación y congoja. Era lo que había alcanzado a declarar en Antofagasta la tripulación del "Lamar", al arribar a puerto el día 22 de mayo. Sin embargo, al llegar la noche ancló la aguerrida "Covadonga" en Tocopilla, trayendo la segunda parte de la historia y solicitando de inmediato al transporte "Rímac", para que lo remolcase a Antofagasta para ser reparada.

El conocimiento de los detalles siguientes de la historia, del valor de Prat, de la entrega de sus hombres y del sacrificio a todas luces heroico, despertó un verdadero vendaval de patriotismo

entre los chilenos, llenando las calles de bosques de banderas. Todos querían imitar a Prat y probar su valor como lo habían hecho sus compatriotas en Iquique. La inyección de patriotismo desatada por los hechos, fue extraordinaria. Miles de nuevos voluntarios repletaron otra vez los cuarteles, desesperados por enrolarse.

Como se sabe, en nuestros días, muchos entreguistas simpatizantes de la sentencia leninista-gramsciana de que los héroes de la "sociedad burguesa" deben ser *"extirpados de la mente del proletariado"*, han emprendido odiosas campañas contra Prat y contra su salto heroico, causando gran entusiasmo entre algunos seudo revisores históricos del Perú, animosos de agraviar esta saga chilena y alimentar sentimientos revanchistas. Lamentablemente para ellos, no hay mucho más que agregar a aquello de lo que ya se hizo caudal en forma unánime por todos los medios de comunicación mundiales que abordaron la sorprendente noticia.

Sirva de ejemplo el Diario "Times" de Londres, publicado después de los sucesos, que escribía emocionado:

> *"Este es uno de los combates más gloriosos que jamás haya tenido lugar. Un viejo buque de madera casi cayéndose en pedazos sostuvo la acción durante casi tres horas y media contra una batería de tierra y un poderoso acorazado, y concluyó con su bandera al tope".*

Otro diario inglés, "The Globe", comentaría:

> *"...los marinos chilenos gozan de reputación de ser los más hábiles de su profesión en la costa del Pacífico y el resultado de este combate confirma la creencia".*

Por su parte, "Le XLX e Siècle" de París, aseveró en una magnífica conclusión de lo sucedido:

> *"...al mismo tiempo que el Capitán de la Covadonga ha demostrado cuánta es la habilidad de los chilenos, el capitán de la Esmeralda ha dado ejemplo de saber morir. Tales hechos de armas no necesitan comentarios. Morir así es levantarse vencedor".*

El diario "La Nación" de Montevideo no se midió en elogios para los chilenos en Iquique y Punta Gruesa:

> *"...un pueblo que consuma hechos y acciones sin ejemplo, es un pueblo que merece respeto, las simpatías universales y el asombro de todo el mundo. Ese es, pues, un pueblo inconquistable".*
>
> *"Europa, estamos seguros que también se inclinará enternecida ente los recuerdos de esos sublimes héroes chilenos".*
>
> *"...el mundo jamás ha presenciado un combate igual".*

El "New York Herald Tribune" agregaría:

> *"...el valiente Prat y sus hombres sin tales, como el mundo entero los cree: verdaderos héroes".*

Y "The Sun", también de New York:

> *"Una vez más el blindado espoloneó a la Esmeralda y casi inmediatamente ésta empezó a hundirse con toda su gente disparando sus cañones hasta que el agua los cubrió. Todos se hundieron gritando "¡Viva Chile!". Lo último que se vio del viejo cascarón fue la bandera chilena flameando todavía".*

Evocaríamos especialmente la famosa cita tomada de la declaración del Comandante norteamericano John B. Rodgres, de la fragata "Pensacola", que fue testigo presencial de los hechos de Iquique, cuando dice sobrecogido:

> *"Desde que hay mar y hay Marina, jamás se había presenciado nada más grande y heroico, que la conducta de Prat y sus compañeros".*

Recordamos al lector -como muestra del estatus en que quedaron inmortalizados Prat y sus hombres- que, en 1985, la Academia Naval del Japón rindió tributo a los tres máximos héroes que reconoce la armada nipona en la historia del mar: el Almirante japonés Togo, héroe de Tsushima; el Almirante inglés Nelson, héroe de Trafalgar; y nuestro Capitán chileno, Prat, héroe de Iquique. A la ceremonia fue invitada nuestra Corporación de Defensa de la Soberanía (comité "Patria y Soberanía", entonces) que asistió representada por el director R. Kantor, depositando una ofrenda floral.

Esto nos da una dimensión sobre el lugar en que los países con verdadera tradición guerrera y peso histórico tienen colocado al héroe máximo de esta humilde y pequeña patria, a pesar de los ataques del Liliput entreguista y del revanchismo.

Noticia de Iquique sacude a Buenos Aires. La misión de Balmaceda

Ya vimos que Argentina había presentado al Perú su deseo de reicorporarse a la Alianza del Pacífico cuando ya estaba iniciada la guerra, movida por las mismas creencias erradas sobre la incapacidad militar chilena que hemos descrito y del convencimiento de que bastaría con su presión diplomática para provocar la rendición chilena, prácticamente sin disparar.

Aprovechando la complicada situación a Chile, el Canciller argentino Montes de Oca había despachado una circular a los cuerpos diplomáticos extranjeros, el 16 de enero de 1879, declarando que el área del arbitraje para la Patagonia Oriental que se había establecido entre ambas naciones por el Tratado Fierro-Sarratea del mes anterior, era solamente la península de Brunswick, es decir, donde se encontraba la colonia de Punta Arenas y no la totalidad de la Patagonia. La Casa Rosada instruyó de inmediato al propio Cónsul Sarratea, cuya firma figuraba en el Convenio, para dar a conocer a La Moneda dicha circular y solicitar un acuerdo de transacción. Ingenuo hasta lo indignante, y

por entonces aún incrédulo de la guerra que se venía encima, Pinto había aceptado de inmediato la propuesta poniendo en el cargo de Plenipotenciario ante Buenos Aires al entonces Diputado de Carelmapu, José Manuel Balmaceda, aunque se pensó inicialmente en no enviarlo hasta que el parlamento argentino aprobara el proyecto de arbitraje. Avellaneda aplaudió el nombramiento en carta a Pinto, el 28 de febrero, y el 3 de marzo designó a Sarratea como Encargado de Negocios en Santiago, dejando en el cargo consular a Agustín Arroyo. Balmaceda recibió las instrucciones el día 17 para constituir su misión y completar su equipo.

No era mucho lo que podía decirse en favor del patriotismo de Balmaceda, en aquellos días. Yerno de la líder espiritual de los peores argentinistas chilenos, doña Emilia Herrera de Toro, la denominada "madre de los argentinos", y cuñado del ministro argentino en Perú, don José Evaristo Uriburú, el futuro Presidente de Chile había sido el mayor defensor del Tratado Fierro-Sarratea en el Congreso, poniéndose del lado del entreguismo compulsivo de otros parlamentarios como Lastarria y Vicuña Mackena. El fervoroso americanismo de Balmaceda sólo se había quebrado en parte por la desconcertante actitud de Bolivia hacia Chile, que a los náufragos del bolivarismo en tierras "mapochinas" les resultaba francamente inexplicable.

Mientras esto ocurría, para poder asegurar la Alianza y tentar al Senado de la Argentina que por entonces la tramitaba, Bolivia se había puesto en contacto con el ministro argentino Uriburú, en Lima, a través del Ministro de Justicia del Altiplano, don Julio Méndez, otro de los reconocidos antichilenos que figuraban en la vecindad. El boliviano presentó un grueso texto al representante argentino, ofreciéndole una franja territorial desde el paralelo 24º al 27º si entraba a la guerra y a cambio de una fracción del Chaco entre los ríos Bermejo y Pilcomayo.

Estas gravísimas propuestas diplomáticas han sido escondidas nerviosamente por los historiadores de Bolivia en años posteriores, pues el esquicio dejaba a La Paz prácticamente en la misma situación que antes de violar el Tratado de 1874, demostrando que su interés en el litoral se reducía sólo al ámbito comercial y estaba dispuesta a una enorme renuncia en sus propias pretensiones a cambio de tentar a Buenos Aires en el cuadrillazo contra Chile. Los detalles de esta escandalosa gestión diplomática, sin embargo, fueron confirmados por la larga confesión de Julio Méndez al diario "La Nación" de Buenos Aires, del 24 de agosto de 1895.

El día 26 de marzo de 1879, la Cancillería del Perú asumió su parte e instruyó a su agente en Argentina, Aníbal Víctor de la Torre, para que consiguiera la adhesión de Buenos Aires basándola en la oferta territorial de Bolivia desde el paralelo 24º hasta *"sus verdaderos límites con Chile"*, señalándolos en el 27º. De la Torre había asegurado a la Casa Rosada incluso que el Perú *"vería con placer que la Argentina tomase asiento entre los Estados del Pacífico"*, entendiéndose implícitamente que esas costas argentinas en el océano Pacífico serían las pertenecientes a Chile. Sin embargo, parece ser que el exceso de generosidad y el entusiasmo provocado en Perú y Argentina por la propuesta,

llevaron a La Paz a recapacitar. Argentina no podía exigir demasiado para entrar, teniendo al Brasil a sus espaldas. Con tal motivo, Daza envió a Buenos Aires en misión a Antonio Quijarro. Aún así, la semilla de la tentación ya había vuelto a reaparecer en Buenos Aires al estallar la guerra.

Por esos días, el 31 de marzo siguiente, llegaba Balmaceda y el resto de la misión chilena a la Plata integrada los secretarios Adolfo Carrasco Albano y Guillermo Puelma Tupper, junto a los Adictos Cornelio Saavedra Rivera (hijo del Coronel chileno y bisnieto del prócer argentino) y José Ramón Balmaceda, hermano del nuevo plenipotenciario. De este modo, el inicio formal de la guerra lo sorprendió en Buenos Aires intentando hacer cumplir el compromiso de arbitraje contraído por la Casa Rosada con el acuerdo Fierro-Sarraeta, que ahora el Presidente Nicolás Avellaneda se resistía a acatar.

El fanático americanismo del ministro quedó herido inmediatamente, sin embargo, al advertir el fuerte favoritismo del pueblo y los políticos argentinos hacia Bolivia y el Perú, al punto de que la presentación de sus credenciales se postergó hasta el 5 de abril, para cuando pasaran las animosidades contra el representante, experimentadas por la misión en las mismas calles. Pero, como en esos días los ingenuos y adormecidos políticos chilenos ya habían recibido en la cara el pastelazo agrio de la confirmación de una Alianza entre Perú y Bolivia, el objetivo prioritario de la misión pasó a ser el conseguir la neutralidad oficial de la Argentina ante el conflicto del Pacífico, sabiéndose ya del interés y las negociaciones para lograr su entrada al cuadrillazo. El día 3 debió actuar por orden de Santiago, destinada a exigir la neutralidad de Argentina, Brasil y Uruguay.

Las turbas de argentinos llenaban las avenidas gritando en favor del Altiplano y en contra de Chile, y rodearon de una humillante silbatina, en todo el trayecto de ida y vuelta, a la comitiva del representante chileno el día 5, cuando presentó credenciales. Afuera, la Legación chilena continuó siendo objeto de ataques y manifestaciones por parte del populacho bonaerense que tocaba tambores, sirenas y reventaba petardos por todo el trayecto hasta la Plaza de Mayo, gritando a viva voz *"¡Viva el Perú! ¡Viva Bolivia! ¡Abajo Chile!"*. Esa misma noche, en una reunión de una fraternidad de jóvenes oficiales del Ejército argentino, se hizo un brindis formal *"por la próxima victoria sobre Chile"* de parte de los Aliados, rito militar que, quienes conocen con las tradiciones marciales, reconocerán como un gesto de celebración reservado sólo a los protagonistas de una guerra o bien al aliado de alguna de las partes.

La tensión duró un mes más para Balmaceda, sin conseguir respuestas concretas al pedido de neutralidad de parte de la Casa Rosada. El Canciller Santa María le ordenó entonces, el día 2, suspender su misión, pero Balmaceda continuó, desoyéndolo conciente del peligro que percibía, ya que las campañas de odio y belicosidad contra Chile no habían cesado en todo ese tiempo.

Intoxicada por la propaganda de odio y soltándose de las incómodas restricciones éticas, la prensa argentina comenzó a difundir una serie de falsas noticias favorables a los aliados. Se

dijo que Bolivia había recuperado Calama y Chíu Chíu y que el "Huáscar" peruano había echado a pique a la nave chilena "O'Higgins" en algún lugar de la costa tarapaqueña. Creyendo ciegamente estos disparates, el 12 de abril Avellaneda quiso atemorizar a Balmaceda informándole en persona que los acontecimientos de la guerra habían mermado las probabilidades de avenimiento. Pero Balmaceda no era precisamente de un carácter temeroso o fácil de amedrentar. Sorprendido, respondió que sólo estaría dispuesto a discutir una transacción cuando se aprobara el convenio Fierro-Sarratea, para lo cual pidió a Avellaneda implorar la misma energía que cuando fue firmado dicho acuerdo. El mandatario se fue por las evasivas, pero cometiendo el error de mencionarle la guerra y ofrecerse como mediador entre las partes beligerantes pues, como hemos dicho, se confiaba allá en Argentina que la situación sería desfavorable a Chile frente a los aliados. Balmaceda, junto con rechazar la propuesta, dejó helado a Avellaneda al comentarle con un dejo de sarcasmo al final de la reunión:

> *"Y yá que habló de la guerra de Bolivia y Perú, ¿podría V. E. revelarme la historia de aquel tratado secreto que nuestros adversarios ocultos trajeron a este Gobierno y que el Congreso argentino rechazó?".*

Avellaneda fue incapaz de responder y, balbuceando, puso fin a la audiencia. Se había llegado al borde del temido punto de quiebre.

Molesto por la actitud platense, Balmaceda se puso en contacto con su amigo, el representante inglés, para publicar en el diario "Standard" del 16, la noticia de que parte de la Legación chilena se trasladaría a Río de Janeiro. Aterrado con la idea de un acercamiento entre Chile y Brasil, Montes de Oca llamó de inmediato a Balmaceda para pedirle precisiones sobre este traslado. Éste respondió tajante que, si seguía postergándose la neutralidad, abandonaría Buenos Aires. Dio 48 horas de plazo.

El Canciller argentino respondió al día siguiente por nota, en la que *"sin hacer la declaración que V. E. le pide"*, establecía que la Argentina mantendría su *"línea de conducta impuesta por la lealtad de los compromisos y responsabilidades por la fe pública argentina... nunca puesta en duda, ni siquiera sospechada"*. Balmaceda aceptó esta respuesta y desistió de su decisión de marcharse. Habían conseguido, al parecer, un compromiso de neutralidad. Sin embargo, ¿lo respetaría una Argentina que ya había demostrado su voluntad de desconocer toda clase de acuerdos internacionales?

Ese mismo día 17, se iniciaron conversaciones con Montes de Oca para las negociaciones transaccionales de la Patagonia y Magallanes. Pero el Canciller argentino formuló en la ocasión una propuesta que prácticamente dejaba a Chile con una pequeña área magallánica, comenzando a acosar diariamente a Balmaceda para que respondiera. El día 25, amenazaba incluso que las cosas se saldrían de sus manos si se abrían las sesiones de Congreso sin una decisión ya tomada. Aunque el Plenipotenciario chileno no conocía los detalles, las negociaciones secretas entre Argentina y la Alianza continuaban perfectamente y no habían sido rechazadas en el parlamento. De hecho, el 26, el Plenipotenciario

peruano De la Torre, enviaría un oficio reservado a su gobierno, según el cual Avellaneda le había confesado su convicción de que había llegado ya *"el momento de imponer a Chile y de arrancarle concesiones que en otra época no hubiese sido fácil obtener"*.

A esas alturas, Balmaceda, había mutado drásticamente su americanismo a un nacionalismo autodefensivo, al ver tamaño espectáculo como el de las calles de Buenos Aires. Los bombos de la prensa y las declaraciones incendiarias de políticos argentinos como Félix Frías y el traidor chileno Manuel Bilbao no cesaban. Las silbatinas y los coros ofensivos sonaban día y noche frente a la Legación chilena y la actitud indefinida del Gobierno frente a estos hechos rayaba en la complicidad con los sentimientos que la animaban. A tal punto llegó la cosa que, precisamente por esos días, el Barón de Andrana, en París, escribió una carta con fecha 4 de mayo de 1879, a doña Emilia Herrera, la figura femenina líder de los argentinistas enquistados en Chile bajo el disfraz de "americanistas", y suegra de Balmaceda como hemos dicho, donde se lee:

> *"Sus amigos argentinos están presentado en esta cuestión el papel de Judas que tan bien les sienta. ¿Ha leído Ud. todo cuanto la prensa argentina ha publicado en contra de Chile? Yo, sin ser chileno me repugna tanta perfidia, porque no puedo tener sangre fría cuando veo una nación eminentemente egoísta mostrarse perdida de amores por Bolivia, por ser la causa del débil contra la del fuerte. ¿Cuándo, en qué tiempo se colocó la República Argentina del lado del débil, en contra del fuerte? ¿Quién amparó al Paraguay cuando no podía resistir la codicia de los que se decían sus mejores amigos y aliados naturales? Fue Brasil, el Imperio anatematizado, que impidió que los argentinos consumasen la obra de conquista del Paraguay. Que Dios libre a Chile de un fracaso en la guerra con el Perú, porque en ese día el "leal" Gobierno argentino irá a hacer causa común con los enemigos de Chile".*

En este ambiente soñado por algún pirómano llegó a la Plata la noticia del combate del 21 de mayo en la rada de Iquique, dos días después de ocurrido. Como habíanse provisto sólo de la primera información llegada a Santiago desde Antofagasta, con la mitad de los hechos, los argentinos quedaron convencidos de que el enfrentamiento de Iquique se reducía a la destrucción de la "Esmeralda" por el "Huáscar", causando una desatada euforia entre las chusmas argentinas, que repletaron las avenidas con un improvisado carnaval de festejo. Los diarios bonaerenses agregaron de su cosecha que la "Covadonga" se había rendido en forma humillante y que la flota peruana continuaba decididamente hacia el Sur para *"bombardear Valparaíso"*. Salvo por escuetas pero nobles editoriales de los diarios "La Tribuna" y "La República", sólo la prensa extranjera tuvo la altura moral de reconocer el sacrificio de Prat en la capital argentina.

La euforia fue tremenda. Quizás no haya en el país de la Plata un episodio de tanto odio belicoso generalizado en contra de un pueblo, salvo por la triste demostración de sus muchedumbres en la plaza cívica el día de la invasión de las islas Falkland, un siglo

más tarde. La noticia caía como maná de los cielos a los entusiastas congresales y patrocinadores de la incorporación de Buenos Aires al cuadrillazo y de romper la neutralidad. La celebración fue mayúscula y, a las pocas horas, se realizó una impresionante velada en el Teatro Colón, presidida por Bernardo de Irigoyen y los generales Frías y Guido, además de varias otras autoridades, donde se celebró a público lleno y sin ninguna discreción el "triunfo aliado". Demás está recalcar la insolente omisión que los historiadores argentinos suelen hacer sobre estos hechos.

Sin embargo, la madrugada del día 25 de mayo se completó la noticia con el resto de los detalles de lo sucedido en la rada de Iquique y luego en Punta Gruesa: Los chilenos habían luchado hasta morir, no hubo rendición y Perú perdió una de sus mejores naves. Prat había saltado hasta los escenarios internacionales del heroísmo naval y Condell había conseguido un verdadero milagro bélico con una vieja y gastada corbeta. De la noche a la mañana, la supuesta derrota humillante de los chilenos se había convertido en uno de los más espectaculares triunfos de la historia de las guerras universales y en una estocada mortal para el poderío de los aliados.

A continuación, sobrevino el terremoto. Todo lo supuesto, lo especulado y lo creído hasta entonces se derrumbaba en una estrepitosa avalancha. La creencia de que la guerra contra Chile iba a ser un mero trámite, fácil, rápido y casi sin costos materiales, se evaporó de pronto. Todos los chauvinismos debieron tragarse la vergüenza de las burdas fiestas y mitines en favor de los aliados. Todos los hombres sensatos anticiparon que el ansiado triunfo aliado, que en Argentina se juraba a pies juntos, estaba el serio peligro. Las calles quedaron vacías, las turbas iracundas desaparecieron del frontis de la legación chilena y el silencio sustituyó a las celebraciones improvisadas de hasta hacía pocas horas. El alba alumbró en una Plaza de Mayo vacía, inhóspita, donde sólo los papeles y los carteles abandonados testimoniaban lo que había estado ocurriendo allí hasta pocas horas antes.

Impresionados con los hechos, los secretarios argentinos organizaron una reunión de urgencia en la Cancillería, esa misma mañana del 25. Poco después, a las 9 horas, Montes de la Oca se presentó ante la Legación de Chile con una sonrisa de oreja a oreja y, para sorpresa de Balmaceda, clamando -como si nunca hubiese ocurrido lo visto en los días anteriores- que *"la Marina de Chile se ha cubierto de glorias",* rematando a continuación con un encendido *"¡Viva Chile!"*.

Mientras eso ocurría, hubo un breve acercamiento entre la diplomacia santiaguina y la altiplánica, y a principios de junio el Gobierno chileno ya podía sacar cuentas tan optimistas como para ofrecerle la paz a Daza, a través de su compatriota enviado por Chile, don Gabriel René Moreno, esperanzado en que Bolivia terminara su parte en la guerra recibiendo a cambio territorios que Chile ocupara en Arica o Tacna, donde se proyectaba entonces el fin de la guerra y la toma del territorio sólo como garantía de indemnización de guerra, desmintiendo aseveraciones peruanas sobre el supuesto interés chileno en llegar hasta el Norte del Perú para incorporárselo. Craso error fue intentar negociar con el

caudillo pues, tan pronto se retiró Moreno, Daza dio aviso a los gobiernos de Perú y Argentina de esta posibilidad, lo que movilizó más fuerzas a Tarapacá sumando 14.000 efectivos aliados repartidos en 8 divisiones al mando del General Buendía, en contraste con los 10.000 que Chile tenía en Antofagasta. Sospechando el curso que podía tomar la negociación, La Moneda envió a José Francisco Vergara y José Alfonso para actuar sobre la voluntad del anciano General Justo Arteaga, Jefe del Ejército destacado en el puerto nortino.

La noticia llegada desde La Paz sobre el mantenimiento de la Alianza y la fiebre que aún tenían algunos de los más agresivos políticos y congresales de la Argentina logró contener el deseo de retirar el proyecto de suscripción a la Alianza del Senado, pero éste quedó frenado tras la noticia de lo ocurrido en Iquique. Veremos que una segunda sorpresa le esperaba a la tan dificultosa adhesión argentina para el mes de octubre, frustrándola para siempre.

Grau inicia ataques selectivos. Designación de Rafael Sotomayor. Captura del "Rímac"

Tras los sucedido en Iquique, la serenidad y la razón de Grau le hicieron comprender la gravedad de la situación para los aliados, poniéndose en marcha para cometer una serie de andadas por la costa, que terminaron de consagrar su fama de marino intrépido y audaz.

El día 25 de mayo siguiente al combate de Iquique, el "Huáscar" estuvo al cerca de capturar en Tocopilla a las naves "Itata", al mando de Rondizzoni, y al "Rímac", consiguiendo que otra de las naves, el "Huanay", debiese volver a Valparaíso sin haber entregado su carga de municiones. Al día siguiente, el veloz navío peruano volvió a repetir su intento de caza contra el "Itata" y el "Rímac" en Antofagasta, pero desistió y se quedó en el puerto generando algunos cañonazos cruzados con la precaria defensa chilena de la costa y luego con la "Covadonga", que allí permanecía para ser reparada. Sólo el avance de la oscuridad nocturna puso fin a la escaramuza de más de una hora y, afortunadamente, la presencia de buques mercantes neutrales dificultando la vista de posibles blancos, impidió que los peruanos causaran mayor daño en el puerto.

El día 30 de mayo volvía del Norte la Escuadra chilena, que había fracasado en su intento de interceptar la flota peruana con la que se cruzó entre la niebla el día 19. Sin embargo, aquel día se encontró de frente en Iquique con el "Huáscar" que iba camino a Ilo para recargar carbón. Como el "Cochrane" no tenía carbón y el "Blanco Encalada" y la "Magallanes" apenas se movían con las últimas cargas, la persecución duró muy poco y se abandonó luego de algunos tiros. Pero el "Huáscar" reapareció en la noche, persiguiendo al transporte "Matías Cousiño", sin lograr cazarlo. El Capitán del "Matías Cousiño", en su loco escape, soltó dos botes de los costados de la nave y Grau se detuvo al verlos flotar, aparentemente creyendo que eran torpedos. Al día siguiente, el navío chileno pudo entregar la carga de carbón para la Escuadra

chilena en Iquique después de medio mes de atraso, por errores en las instrucciones recibidas de la jefatura.

El día 4 de junio, el "Blanco Encalada" y el "Huáscar" volvieron a toparse. Williams Rebolledo ordenó perseguirlo nuevamente, junto a la "Magallanes", pero la velocidad y la astucia de Grau fueron mayores, perdiéndolo de vista. Para aligerar el peso durante la huída, Grau había ordenado arrojar al mar incluso parte de las provisiones y de la carga del carbón. Durante este episodio, cayó accidentalmente al agua un personaje que la leyenda identifica hoy con civil que formaba parte de la tripulación del "Huáscar", llamado Antonio Cucalón, infeliz que no pudo ser rescatado ante la necesidad de escape, pereciendo ahogado y abandonado. Aunque Cucalón parece haber sido más bien un artillero de planta, la noticia del fallecimiento de este "civil" se espació por Perú y Chile generando rápidamente el apodo despectivo de "cucalón" que daban los uniformados a cualquier *paisa* que se inmiscuyera en actividades militares, a veces estorbando más que ayudando, o bien pretendiendo sacar dividendos ajenos a los honores con esta participación.

Un nuevo encuentro tendría lugar entre el "Blanco Encalada" y el "Huáscar" dos días después, en Guanillos. La escurridiza nave de Grau estuvo sólo a segundos de ser capturada, pero nuevamente logró escapar con rumbo al Callao. Aunque más tarde se sabría que era la falta de mantenimiento en las tuberías del acorazado chileno la que estaba limitando su capacidad de alcanzar altas velocidades, la frustración causada por este hecho en la personalidad de Williams Rebolledo, al igual que después del fracaso de su plan de bloqueo y ataque, le llevó a presentar su renuncia sin que fuera aceptada por el Gobierno.

Las cosas tampoco estaban bien entre políticos y militares chilenos a esas alturas, pues el desprecio del General Arteaga en el Cuartel Central hacia los enviados Vergara y Alfonso, obligó el envío del Canciller Santa María a Antofagasta, quien se reunió con todas las autoridades el día 28 de junio. Estaban presentes, además del ministro y de Arteaga, Williams Rebolledo, Rafael Sotomayor y los dos primeros enviados de La Moneda. Arteaga, que tenía poca simpatía por los civiles, se molestó por no haber sido invitadas las demás autoridades militares en el puerto y rechazó la reunión.

Sin embargo, a principios de julio de 1879, se había desarrollado un agotador encuentro de ministros en Santiago para resolver el conflicto del mando. En él se optó por obligar a la invasión de Tarapacá y se elevó a Santa María como representante de amplia autoridad en el teatro de guerra, por sobre la del General en Jefe. Seguidamente, se designó a Rafael Sotomayor como Comisionado General del Gobierno, por lo que todas las autoridades administrativas, judiciales y militares debían someterse al ministro. El General Arteaga renunciaría al mando del Ejército el día 18 de julio, pero dejándolo sólidamente organizado y dispuesto.

El día 9 de julio, Grau intentó propinar un golpe de gracia en Iquique. Sabiendo que allí se encontraban el "Cochrane", la "Magallanes" y la corbeta "Abtao" en reparaciones, quiso

espolonear a esta última en la complicidad de la noche, para lo cual se acercó sigilosamente en la oscuridad. Pero el "Abtao", comandado por Aureliano Sánchez, ya había reparado en gran parte sus máquinas y se había movido, por lo que, al llegar Grau a las dos de la madrugada, no divisó al navío, topándose sólo con el carguero "Matías Cousiño", que era el surtidor de carbón de la Escuadra chilena. Cambió entonces de planes y ordenó cañonear la nave, no sin antes enviarle un curioso mensaje al Capitán Castelton del transporte, en el que culminaba diciendo: *"Capitán, embárquese en sus botes porque lo voy a echar a pique"*. En otras versiones, se dice que Grau habría gritado en persona a los chilenos este mensaje.

Pero Grau no había advertido que, muy cerca, patrullaba la bahía la "Magallanes", al mando del Comandante Juan José Latorre, la que rápidamente se arrojó contra el "Huáscar" al oír los cañonazos.

El monitor peruano alcanzó a escapar un tramo antes de que Grau descubriera que su perseguidor no era el "Cochrane", como pensó en un principio, sino la menos poderosa "Magallanes", por lo que optó por hacerle frente. En una maniobra que ha hecho historia por la audacia de ambos marinos, las naves se lanzaron frente a frente y a toda marcha una contra otra, en un duelo casi antológico. A un pelo del choque, la "Magallanes" ejecutó una maniobra lateral y ambos navíos pasaron en direcciones opuestas a sólo unos metros, arremetiéndose mutuamente un intenso fuego. Grau y Latorre volverían a realizar la peligrosa maniobra, pero la "Magallanes" logró meterle un proyectil al monitor a través del blindaje, con su cañón de 115 libras. Tres veces más embistió el "Huáscar" a la cañonera chilena, salvándose ésta sólo por la capacidad de Latorre para esquivarlos, tras lo cual el navío peruano desistió y se marchó velozmente, conciente de que estaría por aparecer el "Cochrane", regresando a Tacna el día 16 de julio. Latorre fue aclamado como todo un nuevo héroe tras este combate.

Las andadas del inalcanzable "Huáscar" estaban exasperando al mando chileno y se temía que de un momento a otro apareciera atacando Valparaíso. Williams Rebolledo había dividido la Escuadra en dos divisiones para proteger Antofagasta y continuar con el bloqueo de Iquique, donde vino a ocurrir un infortunado hecho, cuando las tropas peruanas escondidas en tierra comenzaron a disparar torpedos contra la Escuadra chilena, particularmente contra el "Blanco Encalada". Williams Rebolledo, enfurecido, ordenó cañonear la Prefectura y algunas instalaciones del puerto, ataque que ha sido ampliamente publicitado hasta hoy por los peruanos como un crimen de guerra sin señalar, por supuesto, que el fuego había sido iniciado desde la ciudad y se respondía.

Grau volvería a la carga los días 17 y 18 de julio, saliendo de Arica y bombardeando las lanchas, naves e instalaciones de los chilenos en Chañaral, Caldera, Carrizal y Pan de Azúcar. Los peruanos también había capturado algunos cargueros de cobre y carbón al servicio chileno, como el "Adelaida Rojas" y el "Savoy Jack", por el "Huáscar" y la "Unión" respectivamente, estando comandada esta última por Aurelio García y Gracía que se había

reunido con el "Huáscar" el día 22. Seguidamente, entre ambas lograron detener a la "Adriana Lucía", también transporte, con carga cuprífera. Ese mismo día, Grau y García abordaron entre ambos el navío comercial "Colombia", de la Compañía Inglesa del Pacífico para interrogar a la tripulación.

La prensa chilena fue muy poco cuidadosa sobre el desarrollo de la guerra durante el conflicto, y el diario "El Atacama" de Copiapó publicó, el día 20 de julio, la noticia de la salida del transporte "Rímac" desde Valparaíso hacia Antofagasta, enterándose por esto Grau y elaborando inmediatamente un plan de captura. Poco antes había pasado cerca y sin problemas el "Paquete del Maule", sin ser divisado por los peruanos. Se suponía que este navío, junto al "Rimac", iba a unirse al "Cochrane" para que éste los escoltara hasta su arribo en el puerto antofagastino. Pero, en el caso del "Rímac", el capitán alemán Pedro Latrup creyó inapropiado recalar al transporte en Antofagasta durante la noche y esperó en las afueras hasta el amanecer del día 23. Infortunadamente, apareció muy temprano la "Unión" en el horizonte. En un terrible error de Latrup, avanzó hacia el navío peruano creyendo que era el "Cochrane". El mando fue entregado al chileno Ignacio Luis Gana, pero era demasiado tarde, cuando el transporte chileno, desprotegido y sin posibilidad de defensa, se vio con la nave peruana casi encima. Cuatro horas de escape no lograron dejarla atrás y todo terminó con la aparición repentina del "Huáscar", que comenzó a disparar sus enormes cañones, cerrándole toda posibilidad de escape al "Rímac".

Para poder conservar el honor ante tan humillante situación, el Comandante Manuel Bulnes -que en un principio tenía intenciones de abordar la "Unión" hasta que apareció la nave de Grau- debió ordenar a sus hombres del escuadrón Carabineros de Yungay, permanecer formados de pie en cubierta mientras el "Huáscar" comenzaba el abordaje, muriendo siete de ellos por disparos que alcanzaron a ser lanzados desde la "Unión". Gana quemó algunos de los papeles confidenciales que iban en el navío, pero otros quedaron al alcance de los peruanos, enterándose de provisiones que venían en camino desde Europa y que pasarían por el Estrecho, hasta donde se mandaría, más tarde, a la "Unión". Todos los chilenos fueron apresados y la bandera chilena del "Rímac" fue colocada al revés, de cabeza y bajo la del Perú, como gesto acusador de cobardía. A pesar de estas muecas ofensivas, en Arica los prisioneros fueron tratados de forma correcta, pese al júbilo con que fue recibido Grau. Estos actos simbólicos sólo buscaban menoscabar la marea triunfalista que había inundado a los chilenos luego del episodio de Iquique, además de intentar recuperar la autoestima peruana, seriamente dañada desde ese día.

Contrariando lo que alega el mito peruano-boliviano sobre la ayuda inglesa a Chile, una situación bastante oscura y favorable a los aliados quedó develada con la captura del "Rímac". Latrup había sido intencionalmente omitido de la lista de pasajeros de la nave y un hábil teniente al mando del Capitán Montt, comandante de la "O'Higgins", se propuso rescatar al anciano capitán haciendo descender desde esta última corbeta un bote con la bandera chilena puesta disimuladamente en el piso. El navío que transportaba al prisionero tenía bandera inglesa y pertenecía a la

Pacific Sream Navigation Company, pero, al pasar la tripulación y el prisionero por la pequeña embarcación chilena antes de ser bajado, el teniente les hizo notar a todos que estaban sobre soberanía chilena, mostrando la bandera en el piso y procediendo a tomar para sí a Latrup. Los ingleses que llevaban al respetado prisionero reclamaron que su barco esta bajo jurisdicción de la bandera británica, pero los chilenos no aflojaron. Hubo otros casos bastante parecidos de ayuda de vapores mercantes ingleses a los aliados, comandados por capitanes como Petrie, Steadman, Naoden y Gross.

Lejos de bajar la moral, sin embargo, los sucesos del "Rimac" desataron la ira de los "mapochinos". La noticia de la captura no llegó de inmediato a Chile, por lo que la relación entre las autoridades se tensó fuertemente ante la angustia de no tener novedades sobre el "Rímac". Cuando el 27 de julio se supo del acontecimiento, las masas populares de Santiago -aún encendidas con los sucesos del 21 de mayo e incapaces de aceptar como excusa la incapacidad del transporte para dar frente a un acorazado- protestaron violentamente contra los rendidos y contra el propio Gobierno, metiéndole pedradas al balcón del Presidente Pinto y a la comitiva del Ministro de Guerra, Urrutia, en su camino al Congreso. Hasta Vicuña Mackenna, uno de los grandes entreguistas de la historia chilena, mutó agresivamente hacia el fervor guerrero y emprendió sus ataques contra el ministerio.

La ola se llevó a gran parte del Gabinete de Varas, nuevamente, que presentaron renuncia. Entonces, Santa María asumió como Ministro de Interior y Rafael Sotomayor fue colocado acertadamente en la cartera de Guerra y Marina, correspondiéndole la dura responsabilidad de organizar la guerra de ahí en adelante. Estaba escrito que su nombre iba a marchar, no obstante, en línea recta hacia la grandeza y el heroísmo de los hombres de aquella guerra.

El breve lapso de optimismo que asomaría en el pueblo peruano tras los sucesos del 9 y el 22 de julio, resultó efímero. Algunos, cegados por el deseo de victoria, habían intentado replantear la epopeya de Iquique exaltando el triunfo de Grau y minimizando la pérdida de la "Independencia". El fracaso del bloqueo de Iquique vino a reforzar esta sensación y a darle algunos argumentos a los sectores peruanos menos versados en materias militares y estratégicas para intentar comparaciones absurdas y ridículamente desproporcionadas con los hechos del 21 de mayo. En tanto, el 25 de julio el "Huáscar" y la "Unión" partieron con rumbo desconocido hacia el Sur, incrementando los temores de un asalto sobre Valparaíso.

El día 2 de agosto se desistió de seguir con la medida del bloqueo y la escuadra regresó a Antofagasta. Frustrado por sus varios errores, Williams Rebolledo volvió a presentar su renuncia, por tercera vez, la que ahora sí fue aceptada. También renunciaría el Comandante General de Marina, Eulogio Altamirano.

Primeros intentos de intervención europea 

La primera señal de interés europeo en pacificar la situación del Pacífico se había manifestado cuando la Corona Británica se ofreció ante el Perú como juez de arbitraje en el conflicto, el 19 de abril de 1879. Así lo comunicó Lord Salisbury, Jefe del *Foreign Office*, al diario "Times" de Londres. Sin embargo, agregó que el Gobierno de Lima rechazó la propuesta de la Reina Victoria.

Al contrario de lo que sostiene el mito peruano-boliviano sobre la supuesta participación inglesa a favor de Chile, el interés general de los países de Europa era salvar del caos a los inversionistas del guano y del salitre, para lo cual era necesario conseguir la paz con prontitud y reestablecer la calma en Tarapacá y Atacama. El problema era que la mayoría de los intentos de intervención tenían el interés por dejar al Perú libre de polvo y paja para que los acreedores del las riquezas de Tarapacá no se vieran afectados por el avance chileno que estaba a punto de comenzar sobre este desierto, por lo que todas sus propuestas resultaban tremendamente prejudiciales al interés chileno y notoriamente complacientes con los aliados.

De esta manera, el intervencionismo europeo comenzó a mutar a un intento compulsivo por alterar los resultados de la guerra en contra de Chile, a partir de 1880, y naciones como Francia, asociada a un poderoso grupo de inversionistas judíos, ingleses e italianos, habría estado a punto de lograrlo de no haber sido por las barreras que puso Alemania en defensa de los chilenos y de la acción eficaz del Ministro Alberto Blest Gana y sus espías en Europa.

El episodio del 21 de mayo en Iquique había girado drásticamente la opinión de quienes auguraban suertes a los aliados. El 25 de julio, Ecuador ofrecía su propia propuesta de mediación para terminar con la guerra, pero la abierta y declarada simpatía de Quito por el Perú en aquellos años, especialmente por parte de algunos generales, además de la complicación que significaba reunir en suelo ecuatoriano a los tres representantes de los tres países involucrados, llevaron también al rechazo de esta posibilidad.

Casi simultáneamente a la pérdida de la "Independencia", la Casa Augusto Dreyfus y Hermanos comenzó a mover sus hilos en la poderosa banca francesa, donde tenía contactos y familiares, para conseguir la intervención de ese país sobre la Guerra del Pacífico. Dreyfus había celebrado un contrato con el Gobierno de Lima para la explotación del guano, pero sus empréstitos al fisco peruano superaban ampliamente las utilidades del negocio de las covaderas, cada vez más escasas y sobreexplotadas, por lo que se concentró la atención sobre el salitre para salir de la crisis de los acreedores de las riquezas naturales del Perú, sobrehipotecadas a más no poder y que habían motivado el intento de Estanco del Salitre decretado por Lima en exactos momentos en que firmaba la Alianza Secreta de 1873 con Bolivia. Paralelamente, la Casa Dreyfus prestaría un millón de libras al Gobierno de Mariano Ignacio Prado para que éste comprara de emergencia armas modernas a Europa.

A diferencia de los franceses, España no se dejó engañar por los reiterados intentos peruanos de acercamiento ofrecidos por los

peruanos y hasta comunicaría a Blest Gana, en la legación de Chile en París, que el Gobierno de Prado le estaba solicitando ayuda con elementos bélicos, acción que hubiese requerido la ruptura hispana a la neutralidad.

Un caso notable es, sin embargo, el de Alemania. Existía una serie de temores de que Otto von Bismark se acoplara a los intentos de intervención europeos, luego de que la "Pall Mall Gazette" de Londres publicara un comentario suyo, según el cual la Guerra del Pacífico era *"irregular e inhumana"*. Se agregaba que Alemania ya había iniciado conversaciones con países vecinos para iniciar una intervención, y que enviaría barcos de guerra a Egipto y al Pacífico como medida de protección de los súbditos alemanes que allá se encontraran.

Sin embargo, la actitud que mostró el Imperio germano en los meses siguientes parece diametralmente distinta de lo que entonces se esperaba. Alemania comenzó a apoyar decididamente a Chile durante el conflicto sin romper la neutralidad, ofreciendo grandes gestos de amistad para con el país del Pacífico. Puede haber influido en su actitud la nota enviada el 23 de septiembre de 1879 por el ministro residente Legación germana en Santiago, Von Gülich, al ministro berlinés Von Bülow, con esta notable y cruda declaración:

> *"El asunto del salitre dio ciertamente el último impulso exterior a la actual guerra de Chile y Bolivia".*
>
> *"La verdadera causa que da origen a la guerra actual es, sin embargo, mucho más profunda: es la amarga envidia, el odio vivo que impera contra Chile desde hace muchos años en Perú y Bolivia. Estos dos desgraciados países continuamente destrozados por las revoluciones y bajo pésima administración, envidian a Chile la prosperidad material alcanzada hasta ahora, su ordenada vida política no perturbada por insurrecciones, su alejamiento de la anarquía y del despotismo y su ascenso sin interrupciones a un peldaño cultural más elevado".*
>
> *"El hecho de que Chile, a principios de este año, estuviera completamente desarmado en tierra y mar, su ejército permanentemente limitado al mínimo, la guardia nacional licenciada y sus buques de guerra sin alistar y aun ofrecidos en venta, demuestra, a mi juicio, que no pensaba siquiera ni remotamente en una guerra con Perú y Bolivia; la guerra la hizo necesaria el proceder del gobierno boliviano con los propietarios chilenos de las salitreras".*
>
> *"Por el otro lado, el Tratado Secreto defensivo y ofensivo de 1873 entre Perú y Bolivia, que sólo se dio a conocer al declararse la guerra, sólo demuestra que existían intenciones hostiles contra Chile. Los chilenos que vivían en Perú y Bolivia eran hostilizados desde hacía tiempo por las autoridades y por los privados nacionales, hasta su expulsión, mientras los peruanos*

> *y bolivianos vivían en todas parte Chile y aún siguen viviendo sin que nadie los moleste".*
>
> *"Si el asunto del salitre no hubiera acelerado en ese momento la guerra, sin lugar a dudas ésta habría estallado tarde o temprano, bajo cualquier excusa que se hubiese ofrecido".*

La negativa de Austria, Alemania y la férrea posición de Von Bismark en favor de Chile y en contra de toda forma de intervención en la guerra, resultaría fundamental, poco más tarde, para frustrar las intentonas lideradas por los poderosos banqueros de Francia.

Caída del "Huáscar" en Angamos y retiro argentino del cuadrillazo

El estado de las naves chilenas era tan grave hacia mediados de 1879 que, prácticamente, todas debieron entrar a reparaciones, de modo que ninguna pudo ir a hacer frente en Magallanes a la peruana "Unión", que paseaba impunemente por el Estrecho intentando interceptar cargueros con armas y especialmente al "Gleneg", un vapor que llevaba hasta Valparaíso una carga de cañones Krupp y fusiles Grass desde Europa.

Aprovechando esta circunstancia, Grau partió con una tripulación casi completamente renovada en el "Huáscar" con la intención de bombardear la flota de Antofagasta, para lo cual se apoyó en los artilleros ingleses contratados por Prado. Buscaba nuevamente a la "Abtao", otra vez con problemas en sus máquinas. Pero, al igual que en el mes anterior, Latorre descubre desde la "Magallanes", entre las sombras nocturnas, la silueta estática del "Huáscar", aunque simuló no haberlo visto y se preparó discretamente para el enfrentamiento sin quitarle la vista. Sin embargo, una falla operacional de los torpedistas obligó a Grau a abandonar misión y se retiró súbitamente hacia el Sur, aquella noche de 24 de agosto.

Molesto con los problemas que presentaba el nuevo personal, Grau decidió cañonear en su camino las instalaciones, lanchas y muelles de los puertos de Taltal y El Cobre. Cuatro días estuvo en estas acciones antes de regresar a Antofagasta, al mediodía del 28 de agosto de 1879, siendo recibido por baterías de tierra y por los cañones de la misma "Abtao", que estaba anclada y en reparaciones, pero con su Comandante Sánchez a bordo, quien salvó milagrosamente de un tiro de cañón desde el "Huáscar" que hirió al Teniente Krug y al Corneta Gatica a sólo unos pasos de él, llevándose la vida de siete marinos. La "Magallanes" se reincorporó lanzando una seguidilla de disparos contra el monitor. La "Abtao", con su cañón de 150 libras, consiguió entonces asestarle un tiro a la chimenea del "Huáscar", al que cayó aplastando al teniente Carlos de los Heros y uno de los marinos, en medio de los gritos de celebración chilenos. Las baterías terrestres continuaron disparando durante el combate, que duró hasta las cuatro de la tarde, cuando Grau decidió retirarse ante la ineficacia de su incursión y el peligro de que apareciera el "Blanco Encalada".

Pocos días más tarde, el "Cochrane" estaba completamente operativo y pasó al mando del Almirante Latorre. Mientras tanto, el Ministro Sotomayor preparaba toda la campaña por tierra asistido por el flamante General en Jefe del Ejército, Erasmo Escala, partiendo desde Valparaíso los transportes de tropas el día 21 de septiembre de 1879. Simultáneamente, el "Blanco Encalada" culminaba la mayor parte de sus reparaciones en Mejillones. Se dice que una muestra de la escoria que los trabajadores removieron de los casi tapados tubos de ambos acorazados fue llevada hasta el Presidente Pinto, para que se sorprendiera con la principal razón de la lentitud que estaban mostrando las naves; la muestra era una masa negra y dura como la roca. El mando de la Escuadra quedó, a partir de entonces, en manos del Capitán de Navío Galvarino Riveros, quien se presentó en el buque insignia el día 28.

La noche del 2 de octubre partían hacia el Norte, tras haber recibido noticias de la presencia del "Huáscar" en Arica. Irónicamente, el navío peruano y la "Unión" habían salido hacia el Sur como hemos dicho, inconscientes del encuentro, y la oscuridad permitió que, por segunda vez, se cruzaran con la Escuadra chilena sin lograr detectarse. Esto hizo que el Ministro Sotomayor no pudiese dar crédito a la sorpresiva noticia del día 3, cuando fue advertido de la presencia del "Huáscar" al Sur de Antofagasta. El buque llegó hasta Los Vilos, devolviéndose el 6, un día después de que la flota chilena llegaba a Arica sin novedades, pero Latorre quedó al Sur de la Península de Mejillones, vigilando en el "Cochrane" por orden del Comodoro Riveros.

La noticia había sido comunicada a Sotomayor rápidamente. Era su oportunidad de emboscar al "Huáscar" y la "Unión", disponiéndose -en un plan que fue afinado por Latorre- que el "Blanco Encalada" al mando de Riveros, sumado a la corbeta "O'Higgins" y el vapor "Loa", le cerraran el paso por el Norte. Mientras, la "Covadonga" capitaneada por Orella, se dirigió hasta donde permanecían el "Blanco Encalada" con Latorre y el "Matías Cousiño", en la bahía antofagastina. Los tres saldrían de su escondite tras el "Huáscar", una vez que pasara por mar adentro, inconsciente de que más allá le esperaba el "Blanco Encalada" con el resto de la escuadra.

La madrugada del 7 al 8 de octubre, Grau cayó en la trampa y siguió confiado con proa hacia el Norte, pasando por Antofagasta sin divisar las naves chilenas, que saldrían de su escondrijo. Al encontrarse con los tres navíos chilenos situados más al Norte, cerca de las tres de la mañana, Grau se lanzó de vuelta a toda potencia y dejó rápidamente atrás a la Escuadra, pero marchando directamente hacia el grupo liderado por Latorre.

A las 7:30, cuando ya había asomado el sol, los peruanos advierten la presencia de esta otra flota a la altura de Punta Angamos. Otra epopeya estaba a punto de comenzar.

Con arrojo guerrero, Miguel Grau decidió pasar entre las naves a toda marcha, ordenando a su Teniente Ferré y los operarios ingleses que dispararan a las artillerías del acorazado chileno y otros tiros bajo la línea de flotación, comenzando las descargas

hacia las 9:30 horas. La "Unión" no se atrevió a tan audaz maniobra y se desvió, siendo seguida por el "Loa" y la "O'Higgins" por largo rato, sin ser alcanzada. Varios tiros del monitor provocaron grandes daños en el "Cochrane", pero siguieron en marcha hasta estar a suficiente distancia como para propinar un estruendoso cañonazo contra la torre de artillería peruana, que atravesó el blindaje matando a 12 marinos. Un segundo impacto destruyó el timón y provocó el descontrol de la nave.

Grau, aún advirtiendo que todo se acababa, no se rindió y continuó disparando. Parado en actitud incólume, soplándole la brisa y las gotas de mar pulverizadas por los impactos, el noble marino se colocó de cara al enemigo con gallardía sobrecogedora. La muerte le cayó rápido, cuando una nueva descarga dio contra la torre de mando. Su cuerpo destrozado cayó en el mar, reintegrándose al océano donde hizo su vida brava como la marejada, en las aguas por las que estaba poseído. Moría el máximo héroe de la historia del Perú.

Los siguientes disparos contra la torre causaron aún más daños y muerte, alcanzando ésta también al Capitán Aguirre y dejando al "Huáscar" a la deriva. Al acercarse en una vuelta loca al "Cochrane", una nueva seguidilla de cañonazos, aparentemente, terminó por convencer a los marinos peruanos de rendirse y la bandera bajó a las 10:10. No se sabe a ciencia cierta si fue arriada intencionalmente o cayó en forma accidental por el derribamiento del poste que la sostenía. Sea como sea, la gallardía pudo más y el teniente peruano Enrique Palacios, moribundo, volvió a izarla como pudo, reiniciando el combate.

Aunque ciertos autores peruanos exageran innecesariamente los pormenores de esta batalla describiéndola como si en hubiese sido entre el "Huáscar" y toda la flota chilena de seis naves simultáneamente, la verdad es que sólo entonces, cuando ya estaba prácticamente caído, llegó el "Blanco Encalada" al escenario de combate dejando atrás al resto del grupo y arribando tan súbitamente que se dice que estuvo al borde de estrellarse con el "Cochrane", si no fuera por una maniobra de emergencia ordenada por Latorre. Una alternación de tiros de ambos acorazados culminó en la definitiva bajada de la bandera peruana, y los sobrevivientes fueron rescatados desde los botes del "Cochrane" por el Teniente Simpson. Se contabilizaron 144 prisioneros y 65 marinos peruanos muertos.

Latorre diría, más tarde, de la muerte de Grau:

> *"Hubo lágrimas viriles en los ojos de los oficiales peruanos cuando nos dieron cuenta de la terrible muerte del valeroso Grau, a poco de comenzar el combate. La misma granada que voló la torre lo destrozó por completo. Créanme que yo lo siento como un amigo de toda la vida..."*

Por su parte, Riveros comentaría:

> *"...la muerte de don Miguel Grau ha sido muy sentida en esta Escuadra, cuyos jefes y oficiales hacían amplia justicia al patriotismo y al valor de aquel notable marino".*

La noticia de lo sucedido en Angamos llegó a Santiago el 9 de octubre, generando fiestas y manifestaciones de apoyo a la Escuadra. El triunfo revitalizó los sentimientos patrióticos de los chilenos, lavando de paso la molestia y el bochorno provocado por la captura del "Rímac". Latorre y Riveros se consagraban como las nuevas grandes figuras guerreras de la Armada de Chile.

Em contraste, el sentimiento fue devastador para los aliados. Ya no había duda: el Perú había perdido en el mar, lo que equivalía a más de la mitad de la guerra en términos estratégicos. Partía hacia la inmortalidad, además, uno de sus hombres más talentosos y valiosos, como fue el ilustre Almirante Grau. El diario "El Heraldo" de La Paz, publicaba entre lágrimas y furias el 29 de octubre:

> *"Consumado está el sacrificio. El Huáscar, ¡Grau!, Aguirre y toda esa bizarra tripulación del terrible monitor ¿Dónde están? ¿Qué suerte han corrido? El uno destrozado acribillado de balazos cual cadáver sangriento, yace en manos del enemigo, que con sonrisa satánica aspira las delicias de su venganza..."*
>
> *"Maldición y oprobio eterno a los filibusteros del Mapocho, que así sacrifican a los más preclaros hijos del suelo americano, ante sus ruines y vergonzosas ambiciones".*

Vale advertir que -por otra imperdonable omisión- muchos autores pasan por alto en sus textos la participación del Almirante Galvarino Riveros en estos hechos gloriosos, como cerebro al mando de la Escuadra Chilena, lo que -a nuestro parecer- no le valió un justo reconocimiento a su memoria (tal vez por las diferencias y los celos que surgieron entre él y Latorre a propósito de sus actuaciones en este combate) sino hasta el aniversario de 1998 del Combate de Angamos, cuando el 8 de octubre sus restos fueron trasladados a su hermoso pueblo natal de Curaco de Vélez, en isla Quinchao, Chiloé, donde hoy descansan en la plaza central y junto al museo y centro cultural.

En Buenos Aires, la noticia de Angamos llegó un par de días después, azotando los últimos sentimientos aliancistas. Argentina no podía arriesgarse más a una aventura militar teniendo al Brasil como foco de tensión permanente, de modo que una alianza que se caía a pedazos en su primera etapa de guerra, no tenía posibilidades de triunfo. Y claro, mientras Perú y Bolivia veían la entrada argentina al cuadrillazo como una garantía de victoria, la Argentina había confiado en la fama invencible de la flota peruana, que ahora sucumbía.

Conciente de esto, don Miguel Luis Amunátegui, el erudito parlamentario que había sacudido a la Casa Rosada al publicar pocos meses antes su "Cuestión del Límites entre Chile y la República Argentina", demostrando los derechos chilenos sobre el territorio de la Patagonia oriental, declararía tras el triunfo de Angamos:

> *"Esta victoria servirá para hacer saber a las naciones europeas y a nuestros vecinos argentinos que la guerra va en serio y que tenemos intención de ganarla".*

El proyecto de adhesión argentina a la Alianza y de declaración de guerra contra Chile, aprobado por la Cámara pero prácticamente detenido en el Senado ante los sucesos del 21 de mayo, perdió todas sus expectativas y factibilidades de ver la luz de la promulgación aquella semana. Antes de mediar el mes de octubre, fue definitiva e irrevocablemente retirado del Congreso de la Argentina.

Chile, en tanto, daría inicio a las acciones del Ejército en la Campaña de Tarapacá.